

Pistolero sin pistolas

SILVER KANE





SILVER KANE

PISTOLERO SIN PISTOLAS

Colección SERVICIO SECRETO n.º 960
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES
CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 35.238 - 1968
Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: diciembre 1968

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1968

CAPÍTULO PRIMERO

El jurado entró lentamente en la sala.

Los rostros de sus miembros estaban rígidos, impasibles.

Algunos reporteros especializados en tribunales decían que sólo con ver las caras de los jurados, ya sabían el veredicto antes de que éste se pronunciase. Y era verdad. A veces habían hecho crecidas apuestas entre ellos por tal causa.

Pero esta vez no pudieron averiguar nada.

Los rostros estaban más impasibles que nunca, quizá porque se trataba de un caso en que había sido pedida la pena de muerte.

El juez murmuró:

—¿Ha deliberado el jurado con arreglo a la ley?

El presidente respondió con voz seca:

—Sí.

—¿Ha obtenido un veredicto?

—Sí.

—¿Por unanimidad?

—Sí.

—Pronúncielo.

El presidente del jurado carraspeó.

Sus facciones se habían vuelto grises.

En la sala abarrotada no se escuchaba ni un sus piro, ni un susurro, ni el vuelo de una mosca.

La acusada, una muchacha de veinte años, se había tapado la cara con ambas manos, negándose a ser testigo de aquella siniestra escena.

Estaba absolutamente persuadida de que la palabra fatídica iba a ser pronunciada. De que iba a sonar la palabra: «Culpable».

El juez apremió, mirando al presidente:

—Vamos, ¿a qué espera? Pronuncie el veredicto del jurado.

El hombre de las facciones color ceniza tragó saliva y susurró,

diciéndolo todo de un tirón:

—Los reunidos, miembros de este jurado, entendemos que Irma Joyce es inocente.

Después de éstas, palabras el silencio continuó en la sala todavía durante unas fracciones de segundo, como si el aire se hubiera petrificado.

Y de pronto sonó un grito de alegría y al instante una estruendosa ovación en la sala.

Todo el mundo acudía a felicitar a la acusada, que era zarandeada materialmente, abrazada y fotografiada desde todos los ángulos imaginables. Irma estaba llorando. Los *flashes* restallaban en torno a ella. Todo el mundo gritaba a la vez. La gente parecía haberse vuelto loca.

Muchos de los que felicitaron primero a Irma, habían corrido a felicitar inmediatamente al abogado de ésta. Flynn no daba abasto a estrechar tantas manos. Las felicitaciones eran más efusivas y ruidosas cada vez.

Hasta que el juez perdió la paciencia y empezó a atizar martillazos a la mesa.

—¡Basta! ¡Basta de una vez! ¡Exijo que se guarden orden y compostura! ¡Aún he de pronunciar sentencia!

El silencio se hizo de nuevo, pero no fue ahora un silencio total, sino cargado de rumores. El juez, decidido a acabar cuanto antes, se limitó a decir rápidamente:

—Irma Joyce, de acuerdo con el veredicto del jurado, tomado con arreglo a la ley, se la declara a usted inocente del delito de que se la acusaba, consistente en haber dado muerte a su esposo, el señor Richard Connor, el 6 de julio de 1968. En consecuencia, queda usted en libertad. Las costas de este proceso, en lo que afecta a los gastos de este tribunal, se considerarán de oficio. ¡Visto!

Golpeó de nuevo la mesa con su maza y pidió a gritos, para dominar las nuevas ovaciones que atronaban la sala:

—¡El defensor y el fiscal que vengan a mi despacho!

Y él se retiró inmediatamente. Hacía calor en la sala, que había estado demasiado llena. El despacho, por contraste, estaba fresco y tenía un aspecto acogedor. El juez se quitó la toga, debajo de la cual no llevaba más que la camisa y la corbata. En su espalda había nacido una leve mancha de sudor.

El defensor y el fiscal entraron casi inmediatamente, los dos juntos. El fiscal aún tenía las facciones crispadas. El defensor, alto, joven y fuerte, tenía sin embargo, un aspecto distraído tras los cristales de sus gafas. Diríase que no estaba ni satisfecho ni triste. Encendió un cigarrillo con movimientos calmosos.

El fiscal fue a hacer lo mismo, pero estaba tan furioso que mordió su cigarrillo, partiéndolo materialmente en dos.

—Ha hecho usted una excelente defensa, Flynn —dijo el juez—. Una de sus clásicas defensas, quizá demasiado frías y demasiado académicas, pero eficaces. Ahora que todo ha pasado les confesaré que me hubiera dolido bastante tener que pronunciar un veredicto de culpabilidad contra esa joven. Significaba el asesinato en primer grado y la condena a muerte. Y usted, Kurt… —Miró al fiscal—. Usted parece muy ofendido.

El fiscal se encogió de hombros.

—Claro que estoy ofendido. Y lo estoy por una sencilla razón.

—¿Cuál?

—Esa mujer es culpable.

Flynn casi brincó.

—¡Ahora no tiene derecho a decir eso, Kurt!

—¡Yo digo lo que me da la gana!

—¡El juicio ha terminado!

—¡Pero mi inteligencia y mi conciencia no se han, terminado aún! ¡Y yo digo que es culpable!

Flynn masculló:

—¡La sentencia ya ha sido pronunciada! ¡Y a partir de este momento puedo demandarle por injurias, Kurt!

—¡Atrévase!

El juez, que ya no tenía su maza, dio dos terribles puñetazos sobre la mesa. Como no tenía demasiada fuerza, por poco se hace añicos la derecha.

—¡Basta! ¡Basta ya de una maldita vez! ¿Para qué creen que les he llamado a mi despacho?

Los dos hombres dejaron de disputar. Se volvieron hacia el juez.

—¡Les he llamado porque este proceso ha sido el más violento que he tenido que presidir en mi vida! —masculló el juez—. ¡Porque se han estado mordiendo desde el principio, desde la primera palabra del juicio! ¡Les he advertido dos veces y ustedes

saben que a la tercera les hubiera suspendido en sus funciones! No lo he hecho, pero quiero advertirles una cosa lo mismo a usted, Flynn, que a usted, Kurt. Si vuelven a enfrentarse en otro juicio, van a conducirse con más moderación y con más cortesía uno hacia el otro o los expulsaré inmediatamente y pediré su sustitución. Están advertidos. Y ahora déjenme solo, por favor.

Los dos hombres hicieron un mismo y leve gesto de cabeza, asintiendo.

Al salir a la sala, vieron que ésta se encontraba ya casi completamente despejada. Sólo quedaban algunos reporteros gráficos, que hicieron fotos de los dos, el fiscal y el defensor juntos. Luego desaparecieron también, ansiosos por entregar el material antes de la hora del cierre de sus periódicos.

Flynn y Kurt salieron juntos. No había nadie en los pasillos. No se veía ni rastro de la acusada.

El fiscal volvió a ponerse un cigarrillo entre los dientes, ahora con más calma. Flynn le dio fuego.

—Siento haberme mostrado tan violento —susurró—. Quizá he sido excesivo esta vez.

Kurt aspiró una bocanada de humo.

—También yo lo he estado —murmuró—, y ahora lo siento. Pero es que estaba moralmente convencido de que esa mujer era culpable. —Miró en torno suyo—. Por cierto, no se ha quedado ni siquiera a agradecerle el que le haya salvado la vida.

—Es igual; estoy acostumbrado.

—¿Es cierto que era un asunto de pobre y que no cobra nada?

—Absolutamente cierto.

—Pero su marido era millonario…

—Cierto; pero es el millonario el que ha muerto, y la pobre la que está viva. Porque Irma Joyce, cuando se casó, no tenía un dólar, y sigue sin tenerlo. En fin, es posible que no la vuelva a ver más. El asunto ha terminado.

Las escaleras del Palacio de Justicia de Boston estaban desiertas. Un vientecillo fresco circulaba por la amplia avenida frontera, por la que apenas pasaba gente. El otoño empezaba a dejarse sentir en una de las ciudades más frías de los Estados Unidos. Dentro de la sala había hecho calor, pero aquí era distinto.

Kurt murmuró:

—Es posible que esta noche nos veamos en la fiesta de los Forsyte. ¿Quiere que vayamos juntos? Le pasaré a recoger por su casa.

Flynn se encogió de hombros, con una sonrisa más bien triste.

—No podré ir. No me han invitado.

—¿No?

—Puede estar seguro.

—Pues es extraño. El viejo Forsyte ha ascendido a juez del Tribunal Supremo. Y para celebrarlo ha invitado prácticamente a todos los abogados de la ciudad.

—No a todos —susurró Flynn—. No, no a todos. Sólo a los que proceden de buenas familias y tienen una, ascendencia limpia en esta ciudad, que es la más aristocrática de Estados Unidos. Pero a mí, ¿quién me conoce? Todo el mundo sabe que hice la carrera en una universidad nocturna. Y mis padres no estaban en una guía social, sino todo lo contrario. En fin, Kurt creo que hemos de despedirnos hasta el próximo caso. Y lo confieso sinceramente que me sabe muy mal haber estado tan incorrecto esta vez.

Kurt estrechó la mano que el otro le tendía.

—También lo siento yo, Flynn. Hasta pronto. Y aparte sentimientos personales, le felicito por su defensa.

—Gracias, Kurt. Y piénselo para tranquilizarse; esa mujer siempre ha sido inocente.

Los dos hombres se separaron. Flynn tomó su lujoso «Chevrolet» ocho cilindros y se dirigió a su despacho, que estaba situado en el sector más elegante de la ciudad.

Sus dos secretarias apenas le dejaron entrar. Tenían carpetas llenas de asuntos.

—El señor Fineman ha llamado.

—Y el señor Hodgson.

—Es urgente el asunto de la herencia.

—Y el de la liquidación de impuestos del señor Rusk.

Flynn hizo un gesto suave, como indicando que se hacía cargo de todo, que no convenía precipitarse.

—Dejen los documentos en mi mesa —susurró—. Pasaré todo el fin de semana trabajando. Durante la próxima semana, en cambio, pasaré tres días fuera.

Una de sus secretarias, Mónica, que era la más joven y más

bonita, entró en el despacho con él.

Era un despacho serio, solemne, algo anticuado. Demasiado serio y demasiado solemne. El título de abogado a favor de Flynn ocupaba un sitio de preferencia y estaba rodeado por una orla de hojas de laurel también demasiado anticuada y demasiado solemne.

No había en aquel despacho una gota de licor.

Ni una mota de polvo.

Ni una cosa que no estuviera en su sitio.

Ni un objeto que no respirara seriedad, seriedad y seriedad.

Unos bustos en yeso de ilustres jurisconsultos de otras épocas, terminaban de dar al lugar un respetable e infinitamente aburrido ambiente del siglo diecinueve.

Mónica, la secretaria joven, se sentó en una de las butacas y cruzó las piernas provocativamente.

Había estrenado unas medias de bailarina. Y bastante cortas. Era algo que podía causar sensación, que la hubiera causado en cualquier parte.

Flynn le tendió una de las carpetas.

—Por favor, ordene esto y luego puede retirarse. Hasta el lunes, Mónica. Yo lo dejaré todo resuelto para entonces. Buenos días.

Mónica exhaló un suspiro de desaliento, se levantó y dijo:

—Claro que sí… Buenos días, señor Flynn.

—¿Qué?

Mónica le tendió con desaliento un billete de a cinco dólares.

—Nada. Ni las ha mirado. Has ganado tú la apuesta.

—Pero… ¡ese hombre es de piedra! ¡Si esta mañana no podías ni sentarte en el autobús!

Mónica suspiró con desaliento:

—Tienes razón, es de piedra. Yo creo que no ha mirado a una mujer desde que le enseñó a andar su madre.

CAPÍTULO II

El despacho estaba situado en una de las zonas menos elegantes de San Francisco, a la entrada del en otro tiempo famoso Barrio Chino. La zona ya no es lo que era, y de un lugar siniestro se ha transformado en un lugar turístico, pero de todos modos ningún profesional respetable tendría su despacho allí.

Había mucho polvo. Ningún libro estaba en su sitio. Por todas partes había botellas de licor, algunas de ellas medio vacías.

En un rincón donde no se veía apenas, estaba el título profesional del inquilino del despacho. Un título de detective privado cuyo marco de segunda mano se caía de viejo. No tenía ningún adorno, a menos que como adorno se considere un par de moscas momificadas allí.

En las paredes colgaban numerosas fotografías, todas ellas del género frívolo. Artistas de revista y de espectáculos bastante menos dignos, se mostraban generosamente allí, en poses típicamente profesionales. Casi todas tenían dedicatorias.

Cualquiera que hubiese entrado allí se habría dado cuenta enseguida de que en el despacho trabajaba un detective privado no demasiado sobrado de dinero, especializado en asuntos más o menos turbios relacionados con el teatro, amigo (en todos los sentidos) de muchas mujeres y partidario acérrimo del alcohol.

La verdad era que no faltaba detalle.

Era lunes por la tarde. La puerta se abrió.

Un hombre alto, joven, vestido con cierto descuido, entró en el local. Lanzó un salivazo en una escupidera que estaba al menos a cinco yardas e hizo diana. Luego se sentó, puso los pies sobre la mesa y empezó a leer el último número de «*Playboy*», en cuyas páginas centrales aparecía una chica que quitaba el hipo.

Viendo a aquel hombre, mucha gente de la que vivía en Boston hubiera tenido una buena sorpresa. Una sorpresa de las que hacen

lanzar aullidos.

Porque aquel hombre era el mismo a quien se conocía como uno de los más serios, atildados y escrupulosos abogados de la ciudad. El educado, pundonoroso, intachable y aburrido Flynn.

La puerta se abrió de repente, sin que nadie se hubiera molestado en llamar antes.

Por lo visto allí no se gastaban demasiadas ceremonias.

Una chica muy joven, de aspecto provocativo, entró moviendo las caderas y se sentó delante de la mesa, cabalgando una piernas sobre la otra.

Y esta vez Flynn sí que miró.

Ella entreabrió sus pulposos labios.

—Hola, Flynn, chico.

—Hola, muñeca.

—¿Te gustan?

—Ujú.

—Hoy debo estar en forma. Todo el mundo me dice cosas por la calle.

—Es que estás descomunal.

—¿Y tú? ¿Dónde te has metido el resto de la semana? Porque no se te ha visto por aquí ni para un remedio.

Él hundió discretamente el pasaje de avión desde Boston a San Francisco, que aún sobresalía un poco por el bolsillo superior de la americana.

—He estado por ahí… —dijo ambiguamente.

—¿Con alguna chavala?

—Eso no se pregunta.

—Tú sabes vivir, Flynn, granuja.

—¿Y qué voy a hacer? Uno se arrastra por la tierra cuatro días y luego… ¡plum! Pues al menos, mientras uno se arrastra, hay que ponerse cómodo.

La chica rió. Era tan bonita que merecía estar en una de las fotos que adornaban las paredes. Y llegaría a estarlo, sin duda. Empezaba a hacer furor en el arte frívolo, en los teatrillos más o menos «*sexy*» que abundan en San Francisco.

De pronto se puso sería.

—Oye, Flynn.

—¿Qué hay?

—Ringo se ha vuelto a ir.

—¿Con otra?

—Sí. Y estoy segura de que esta vez ha sido con la dueña del teatro en que actúo ahora. Los dos han desaparecido al mismo tiempo, como si hubieran tenido que internarse por haber atrapado la escarlatina. Demasiada casualidad… ¿Sabes lo que te digo? Tienes que conseguir pruebas. Esta vez a esa loba le exijo una indemnización que la doblo.

—¿Tienes alguna pista?

—Hum… No estoy segura, pero para mí que se han ido a pasar la luna de miel a la isla de Santa Catalina, en frente de Los Ángeles. Si consigues esas pruebas tendrás un buen bocado, Flynn, tiburoncito mío.

Flynn hizo una inexpresiva mueca.

—Ni tiburoncitos ni cuentos. Veinte por día y gastos aparte. Pagó de cinco días mínimo por adelantado.

Ella extrajo, de una pequeña funda que iba pegada al sujetador de su liguero, dos billetes de a cien.

—Cinco días y cien más para gastos. Pero esta vez quiero resultados, ¿eh? No admito distracciones.

—Se hará lo que se pueda, muñeca.

—Pues procura poder mucho, porque de lo contrario te abro la cabeza.

Se oyó la puerta del antedespacho al abrirse y cerrarse. Una visita acababa de llegar, pero no se atrevía a pasar al despacho al ver que estaba ocupado La chica hizo un gesto de hastío.

—Tienes mucha gente, ¿eh?

—¿Y qué se le va a hacer? Uno tiene fama.

—Pues podrías gastar algo de lo que ganas en hacer quitar el polvo de este despacho. ¡Uf! Está que ni un buque mercante africano. Me voy antes de que me llene de pringue.

Llegó hasta la puerta, balanceando las caderas como antes.

Una vez allí se detuvo y oteó el antedespacho.

Luego se volvió hacia Flynn y dijo con una voz muy «discreta», que se oyó en todo el barrio:

—Hoy es tu día de suerte, chico. Tienes esperándote a una chica muy guapa, pero que me parece demasiado finolis. De ésta no sacarás nada. Hala, adiós, macho.

Y se alejó.

Flynn exhaló un suspiro de alivio.

Temblaba siempre que veía llegar a aquella muñeca, pero ella venía casi inevitablemente todos los lunes, a explicarle sus líos con Ringo, una especie de matón de los barrios bajos que a ratos perdidos también hacía de artista. El trabajo de Flynn era la mar de sencillo; iba a ver a Ringo y el mismo Ringo le facilitaba todas las pruebas que él pedía, porque lo que deseaba era que ella planteara de una vez la demanda de divorcio. Pero cuando ella tenía las pruebas, no quería ni verlas. Decía que Ringo era un canalla, pero que ella seguía amándole. Y así una vez y otra. En aquel mundo estrafalario, cercano al Barrio Chino de San Francisco, las cosas tenían esa especie de lógica.

Cuando la artista se hubo ido, la que estaba esperando en el antedespacho entró.

Lo hizo suavemente, cansinamente.

Flynn no la miró al principio. No la miró hasta que ella estuvo dentro.

Y entonces su cuerpo se tensó.

Todos sus músculos sufrieron una sacudida.

Porque la muchacha que acababa de entrar era… ¡Irma Joyce!

¡La misma a la que él salvó de la pena de muerte tan sólo un par de días antes, en Boston!

El rostro de la muchacha era como el de una esfinge. Parecía no tener expresión. Miró largamente a Flynn y se sentó en la misma butaca que había dejado libre la otra.

Flynn tragó saliva.

Por primera vez en su vida parecía vencido por las circunstancias. Se le notaba realmente desbordado. Apretó con los dedos el borde de la mesa y susurró:

—Usted.

—¿Le sorprende?

—Me sorprende tanto que… no sé qué decir.

—¿Creía que nadie conocía su doble vida? ¿Qué nadie sabía que era un intachable abogado en Boston y un detective sin escrúpulos en San Francisco, al otro lado del país?

—Realmente creí que nadie sabía eso.

—Pues yo sí, Flynn, Yo sé muchas cosas. Estuve tres meses en la

cárcel, antes de ser juzgada. Y en la cárcel una oye tantas conversaciones que acaba mareándose, pero algunas le prometo que vale la pena oírlas.

Más valía tomar las cosas como venían. Ella conocía su doble vida. ¿Y qué? ¿Era eso un delito? Para ser abogado en Boston y detective privado en San Francisco tenía las debidas licencias. Sí, más valía aceptar las cosas como eran. Lo que no estaba dispuesto, sin embargo, era a dar ninguna explicación acerca de su extraña conducta.

—¿A qué ha venido, Irma? —susurró.

—A esto.

Ella introdujo la mano en su bolso y la sacó con un fajo de billetes, Había allí al menos diez mil dólares, los cuales depositó sobre la mesa. A pesar de que la suma hubiera mareado a mucha gente, sobre todo en aquel barrio. Flynn no parpadeó siquiera al verla.

—¿Por qué todo eso?

—Usted me defendió. Y me sacó a la calle.

—Le hice gratis.

—¿Sólo porque se lo mandaba su conciencia?

—Mi conciencia no intervino en eso. El asunto me correspondió por turno en el Colegio de Abogados. Lo estudié, me convencí de que usted era inocente y lo hice lo mejor que supe.

—Pero ahora debe cobrar. Yo puedo pagarle.

—Creí que era usted pobre, Irma.

Ella rió y se puso en pie. Sus esculturales formas resultaban aún, más atractivas en la pequeñez del despacho. Parecía llenarlo todo con su belleza, con su juventud. Fue de un lado a otro, y cuando se convenció de que Flynn la había visto bien, de que estaba como preso en el embrujo de su presencia, se detuvo ante él.

—Siempre he querido hacerle una pregunta —susurró.

—Pues aproveche la ocasión. También es gratis.

—¿Su conciencia no le remordió después del juicio?

Él parpadeó.

—No. ¿Por qué había de remorderme?

Irma Joyce apoyó ambas manos en la mesa. Se inclinó sobre él y le miró fijamente, con una insólita fijeza:

—Porque yo maté a Richard, mi marido —dijo ella suavemente,

dejando caer las palabras una a una—. Porque soy responsable de homicidio en primer grado. Porque lo asesiné voluntariamente.

CAPÍTULO III

Flynn tenía un sabor ácido en la boca. Recordó sus discusiones con Kurt, el fiscal. Recordó sus dudas iniciales, que había ido desechando una a una. Irma tenía que ser inocente, inocente… Se había convencido tanto que hubiera dado cualquier cosa por salvarla. Y ahora estaba allí. Ahora era ella misma la que le decía que la comedia había terminado. La que se colgaba del pecho, como una medalla, su propia culpabilidad.

Era como manchar con barró todo lo que Flynn consideró el honor de su profesión. Como decirle en su propia cara que había sido un idiota.

Sólo dijo suavemente:

—Aun en el caso de saber que era culpable la hubiera defendido igualmente. Se trataba de mi deber. No iba a dejarla sola en las zarpas del fiscal. Para eso no valía la pena ni de celebrar el juicio.

—Pero usted creyó que era inocente, Flynn.

—Lo creí con toda mi alma.

Ella rió. Rió secamente, amargamente.

—Se equivocó. Yo soy peor que una loba rabiosa. Soy culpable de asesinato.

—¿Y por qué me lo dice?

—Porque sé que ahora no puedo ser juzgada de nuevo por el mismo delito. Ya nadie puede acusarme de nada.

—¿Qué trata de hacer entonces? ¿Burlarse de la ley?

—Me he burlado ya.

Él hundió la cabeza, apesadumbrado, todavía balo el efecto demoledor que le habían producido las palabras de la muchacha.

—Pero es absurdo… Usted le mató en defensa propia. Por eso pedí al Jurado que la declarara exenta de culpa. Richard estaba borracho y la golpeaba salvajemente. Hubiera podido matarla…

—La borrachera se la provoqué yo. Hacía con él lo que quería…

Y los golpes que iban a servir de coartada me los propinó uno de mis cómplices.

Un sabor amargo llenaba ahora la boca de Flynn. Se sentía desolado, hundido. Tenía la sensación de que el despacho iba dando lentamente vueltas en torno suyo.

—De modo que incluso hubo cómplices… —farfulló.

—Sí.

Rechinó los dientes.

—¿Y bien? —masculló—. ¿Por qué me cuenta todo eso? ¿Qué quiere? ¿Sólo demostrarme que me equivoqué? ¿Sólo probar que uno puede reírse de la ley? ¡Muy bien! ¡Pues ya lo ha demostrado! ¿Por qué no se va al infierno de una vez, con cómplices y todo?

Ella no se fue. Por el contrario se sentó otra vez ante la mesa, mirándole fijamente.

Sus ojos brillaban.

—Mi marido no era trigo limpio —bisbiseó.

—Lo sé.

—Tenía relaciones con un tal Burkley, y Burkley está establecido en San Francisco. ¿Lo conoce?

—*No.*

—Pero quizá lo haya oído nombrar.

—Eso sí. Y puedo garantizarle que Burkley no es más que un sucio asesino.

—Lo sabía, pero no hay que escandalizarse por eso. Yo también lo soy… —dijo ella tranquilamente—. Burkley debe a mi marido cerca de un millón de dólares. Bueno, a mi difunto marido… Quiero que ese millón sea mío.

Las facciones de la muchacha se habían endurecido. Se habían vuelto codiciosas, tensas… Ahora aparecía tal cual era en realidad. Sus ojos brillaban como dos puntitos negros.

Flynn se pasó una mano por la boca.

—¿Es usted su heredera?

—Si lo hubiera asesinado legalmente no lo sería. Pero ahora resulta que soy inocente. Ningún obstáculo existe para que reclame su herencia.

Flynn volvió a tragar saliva.

Cada vez se sentía más amargado, más violento.

—Eres una bonita zorra —dijo—. Una bonita zorra con piel de

seda.

—¿Y tú qué eres? ¿Por qué llevas esta doble vida? ¿Imagina la gente honrada de Boston con quien trata en realidad?

—Llevo esta doble vida porque me da la gana.

—¿Sin ninguna razón?

—Si hay alguna razón, sólo a mí me importa.

—Está bien. Aquí tienes diez mil dólares. Cuéntalos. Es una suma de las que no se cobran todos los días.

—No quiero dinero tuyo.

—Es lo que hubieras cobrado por mi defensa en un caso así. Y ahora repito que puedo pagarte.

Él dijo con un soplo de voz:

—Te defendí gratis.

—Está bien. Entonces cobra ese dinero como anticipo del próximo trabajo.

—¿Qué trabajo?

Ella produjo una especie de chasquido con la lengua antes de decir:

—El de Burkley.

—¿Qué he de hacer con él?

—Reclamarle en nombre mío. Conseguir que pague el millón. Que lo escupa encima de mis manos. Tendrás el diez por ciento si todo sale bien. Esto es a cuenta de los gastos.

Los contó, mientras ella le miraba con una sonrisa complacida, igual que si dijese: «¿Ves? En el fondo todos sois iguales…»

Luego Flynn hizo una cosa muy extraña, una cosa que además estaba reñida con sus pulcras costumbres de Boston.

Tomó el fajo de billetes y lo arrojó a la cara de la muchacha.

Ella ni siquiera parpadeó.

Parecía estar acostumbrada a que le arrojaran cosas a la cara. Billetes y algo peor.

—¿No los aceptas?

—No.

—Entonces lo siento. Peor para ti. He querido darte preferencia para compensarte un poco por los malos ratos que te he hecho pasar. Pero si tú no aceptas, hay docenas de detectives privados en San Francisco. Todos están hambrientos, con las fauces abiertas, esperando a ver qué cae. En cuanto huelan que llevo dinero fresco,

se me echarán encima como una jauría. No me faltará dónde elegir.

—Lo sé.

—Pues mejor que lo sepas. Hala, vete al diablo, cariño.

Y fue a alejarse, tras guardar el dinero. Pero cuando ya estaba en la puerta, la voz, seca y cortante de Flynn la detuvo.

—Espera.

—¿Qué quieres ahora?

—No busques a nadie más.

—¿Ah, no? Vaya, hombre… Me alegra oírte decir eso. Veo que en el fondo eres un chico la mar de razonable.

Y fue a sacar el dinero de nuevo. Pero Flynn hizo un gesto negativo.

—Billetes no.

—No querrás que te pague en oro, ¿eh muchacho?

—No quiero que me pagues en nada.

Irma parpadeó.

—¿Qué te pasa? ¿Te ha dado la racha otra vez?

—Es otra cosa. Por sacarle un millón de Burkley no te cobraré nada.

—¿Que… no me cobrarás nada?

—No.

—¿Y me darás un millón?

—Si consigo arrancárselo, te lo daré.

Ella balbució, asombrada:

—Eres un gran chico. Así da gusto. ¿Qué quieres a cambio?

—Lo único que querría sería darte un buen puntapié en las posaderas —dijo Flynn—, pero me sabría mal estropeártelas. Hala, largo de aquí. Fuera. Voy a darme una ducha para quitarme tu olor. Y si estoy bien de fondos, hasta haré pintar las paredes.

Ella no se ofendió. Por el contrario, le envió desde la puerta un romántico beso con la punta de los dedos.

—Volveré dentro de un par de días —dijo—, a ver si hay resultados. Y oye, ¿tú crees que debería enviar una carta al fiscal riéndome de él? Aquel tipo, Kurt, me resultó muy antipático.

—Lo bueno que tiene Kurt es que su olfato no le engaña nunca —musitó pensativamente Flynn—, mientras que yo, por lo visto, ya no huelo nada. Pero no le escribas. Con tu carta sería capaz de pedir una revisión del proceso.

Irma Joyce susurró:

—Gracias por el consejo, cariño. Sigues siendo un excelente abogado. ¡Y tan barato…!

Salió, cerrando con un seco golpe la puerta a su, espalda.

CAPÍTULO IV

La chica balanceaba una de sus piernas en el alto taburete, sentada frente a la barra del bar de Limpson. No había nadie más en el local, excepto los cuatro hombres que jugaban al billar en la mesa situada al fondo, tras unos batientes de madera. Limpson en persona mezclaba los contenidos de las botellas calmosamente. Sus mejunjes infernales tenían fama en toda la costa de California.

Flynn entró.

Se dejó caer por allí como todos los lunes por la noche desde un año atrás.

Llevaba la corbata desanudada y la americana sin abrochar. Nada recordaba en él al abogado sereno, impecable, que ejercía en Boston.

Chascó dos dedos.

—Limpson…

—¿Qué hay?

—Un infernal doble.

—¿Ya tendrás estómago para resistirlo?

—Antes he pasado por los muelles y me lo he hecho pintar por dentro con alquitrán. Creo que resistirá.

—Ése es asunto tuyo. Si no resiste, peor para ti.

Vertió en un alto vaso, hasta llenarlo, parte del contenido de tres botellas. Al líquido que resultó de aquello solo le faltaba despedir humo. Flynn se lo acercó a los labios.

—Oye, ¿has probado echar esto a un motor? Yo creo que sustituiría a la gasolina.

—No creo que haga andar los motores, cuando deja parados a los hombres. El último que bebió un infernal doble está aún ahí —señaló un bulto de alguien que dormía debajo de una mesa—. Hala trágalo. Si lo terminas antes de cinco minutos, la casa invita.

Flynn lo bebió en tres tragos. Cuatro minutos exactamente.

Limpson abrió la boca, aliviado, al verle terminar, y dejó el reloj con el que había estado cronometrando.

—Estas pruebas deberían hacerlas también en las Olimpíadas —dijo—. Te prometo que algunos de mis clientes salían de allí con una medalla de oro.

—Y otros con un ataúd de madera.

—También es cierto.

Flynn encendió un cigarrillo y murmuró:

—¿Sigue sin venir Forbes?

—Hace tiempo que quieres hablar con él, ¿eh?

—Ujú.

—¿Asunto profesional?

—¿A ti qué te parece? ¿Qué quiero ver a Forbes para que me prepare una cita con su mamá?

Limpson rió.

—Tú siempre de broma… Te diré el único oficio para el que no podrías servir nunca.

—¿Para qué?

—Para ser como esos abogados tan serios que ejercen, por ejemplo, en Boston.

A Flynn por poco se le cae el cigarrillo de los labios.

Murmuró:

—Pues mira, a lo peor un día pruebo.

—¿Es que eres licenciado en derecho?

—Tal vez sí.

—Te advierto que si pruebas será un fracaso. La gente se va a mondar de risa hasta el próximo año bisiesto.

Flynn se dirigió hacia la puerta.

—Volveré mañana, Limpson. Si viene Forbes, dile que aún estaré un día más en San Francisco. Y que me interesa mucho hablar con él.

No había salido aún, cuando entró el viejo Nat. El viejo Nat vendía cigarrillos y chicle por todo el barrio. Nadie sabía exactamente su nombre ni su edad. Sólo que apenas sacaba para dormir en un refugio de los del Ejército de Salvación y que de tarde en tarde empinaba el codo. Como siempre ofreció cigarrillos a Flynn, al que conocía un poco.

—Pero si está aquí el detective… Hacía una semana que no le

veía, muchacho… ¿No quiere nada? ¿«Camel» sin emboquillar? ¿«Winston»?

Flynn compró un paquete de «Camel» sin emboquillar, aunque no necesitaba tabaco.

—¿Ha visto a Forbes, abuelo?

—No, no le he visto. Y a ti te digo la verdad, muchacho. Ha desaparecido del barrio…

—¿No le habrán puesto a la sombra?

—A ti te lo diría. No, no sé que lo hayan detenido. Pero en fin…

Como era evidente que ya nadie le compraría nada más, guardó las monedas y salió.

Flynn iba a imitarle cuando la muchacha balanceó más audazmente su pierna derecha.

—Eh, chico.

Bonitas piernas, ésta era la verdad. Bonitas piernas de chica que con ellas está dispuesta a llegar muy arriba.

—¿Qué hay?

—¿Te vas?

—Ujú.

—No eres muy amable.

—¿Es que querías que te invitase a algo?

—¿Para qué crees que estoy aquí? ¿Para esperar a que Limpson retire la hoja del calendario?

—De acuerdo. ¿Qué quieres beber?

—Un *whisky* escocés triple.

—Tienes buen estómago, ¿eh?

—Tengo una montaña de cosas buenas.

—Y de las que no engañan. Productos americanos garantizados. Limpson, un *whisky* triple.

El dueño del tugurio lo sirvió. No había renovado su licencia para despachar licores desde la declaración de independencia de los Estados Unidos, pero en aquel barrio nadie miraba con demasiada atención esos «pequeños» detalles. El *whisky* triple resultó un mejunje capaz de hacer caer de su caballo a un coracero.

Flynn depositó el importe sobre la barra.

—Un pequeño detalle, muchacha.

—¿Qué?

—Lo beberás tú sola.

—¿Tienes prisa?

—He de dar una vuelta por el barrio antes de que cierren los tugurios como éste. Buen provecho.

Y Flynn fue a salir de nuevo. Pero en ese instante vio que algunas cosas estaban cambiando.

Los cuatro tipos que jugaban al billar más allá de los batientes estaban viniendo hacia él. Los cuatro llevaban sus tacos, y uno de ellos incluso una bola de billar de color rojo. Se plantaron a unos tres o cuatro pasos.

El de la bola murmuró:

—Amigo…

Flynn le miró de soslayo.

—¿Qué hay?

—Molestaba usted a mi chica. La ha invitado sin mi permiso.

—Ella me lo ha pedido.

—Ella no pide nada a desconocidos como usted. Es muy candorosa.

Flynn se encogió de hombros.

—Ya me iba —dijo.

—¿Sí?

—Ujú.

El brusco golpe del taco en el estómago le dejó sin respiración. El daño que puede hacer un golpe de ésos, propinado por un billarista profesional, no es para probarlo. El joven se encogió, mientras sentía como si tuviera el estómago en la boca.

Lanzó un ronco gemido, y en ese momento otro de los individuos se abalanzó sobre él.

Éste no pensaba manejar el taco, sino simplemente los puños. Consideraba a su enemigo poco menos que vencido.

Pero se llevó una buena sorpresa.

De pronto un «jab» fulminante le alcanzó en el mentón. El individuo salió volando por los aires, materialmente disparado hacia arriba.

Dio una vuelta por encima de la barra y cayó al otro lado, haciendo un sensacional estropicio de botellas.

«Lo milagroso es que no hayan estallado —pensó lejanamente Flynn—. Apuesto a que la mitad de ellas están rellenas de “napalm”…»

Fue a salir, porque no quería prolongar la bronca.

Pero en ese momento el durísimo tacón de aluminio de la chica fue a clavarse entre sus dos ojos. Un poco más y le arranca uno de ellos. Flynn se estremeció. Lanzó un gruñido.

El de la bola roja se la lanzó a la cabeza, con todas sus fuerzas. Era un impacto que podía matar. En el interior del cráneo de Flynn pareció producirse como un brutal estallido.

Sintió que el suelo ascendía bruscamente hacia él. Cayó de rodillas mientras se llevaba las manos a la cabeza.

Todas sus fuerzas se habían esfumado. Tenía la sensación de que acababan de hundirle la base del cráneo.

Uno de los tipos masculló:

—¡Ahora!

Se oyó el grito de Limpson:

—¡Por lo que más queráis! ¡No lo matéis aquí!

Lo sacaron fuera. Flynn era incapaz de reaccionar. En la calle, los cuatro hombres lo patearon rabiosamente a un tiempo. Sólo cuando pensaron que quizá lo habían dejado sin vida, uno de ellos murmuró:

—Bueno, ya basta. Vamos…

Lo arrastraron hasta una playa de estacionamiento cercana, donde nadie se acercaría hasta la mañana siguiente, y lo dejaron allí, entre las ruedas de dos coches. Flynn respiraba, pero muy difícilmente. Cada vez que expulsaba aire, por entre sus labios partidos expulsaba también un hilo de sangre.

Los cuatro hombres se alejaron. En la puerta del tugurio de Limpson recogieron a la chica. Llevaban un «Ford Cobra» plateado, como gente que sabe vivir. Se apelotonaron todos dentro, entre carcajadas, y arrancaron a gran velocidad.

Luego se produjo el silencio en la zona, un silencio pegajoso, denso, cargado de presagios.

Flynn gemía sordamente, pero lo hacía de una manera maquinal. Él estaba tan destrozado que no se enteraba de nada.

Hasta que unos minutos más tarde apareció entre los coches la sombra hundida, encorvada de aquel viejo.

Llevaba aún su pequeño estuche lleno de tabaco, y ridículo sombrero agujereado. Sus zapatos cuyas suelas abiertas parecían dos auténticas bocas de cocodrilo.

Los gemidos le guiaban. Llegó hasta allí.

—Pero… —balbució—. Si es Flynn… ¡Lo han destrozado! ¡Por poco lo matan aquí mismo!

Le alzó la cabeza. Había visto las suficientes broncas en aquel barrio para saber que Flynn se repondría, pero que había estado al borde de la muerte. Extrajo de uno de sus bolsillos una botella petaca donde había un poco de licor y se la puso entre los labios.

Flynn tosió. Sus ojos se abrieron, parpadeantes.

—Calma… Calma, amigo… Ahora no le pasa nada…

Flynn volvió a caer otra vez de bruces al suelo. El dolor debía ser insoportable. El viejo decidió dejarle que se quejara un poco, decidió esperar.

Mejor así.

Era enemigo de avisar a la policía. Enemigo también de llevarle a un dispensario desde donde cursarían aviso al juez.

Con el *whisky* de la pequeña botella le fue limpiando las heridas más visibles. Luego miró hacia el cielo.

Ahora ya amanecía un poco más tarde. No era como en el verano, donde casi no existía la noche Ahora amanecía más tarde, pero de todos modos la hora también llegaría para aquella mujer que iba a morir…

CAPÍTULO V

En la Casa de los Muertos, donde estaban confinados los sentenciados a la última pena, se abrió una puerta.

Un sacerdote, con un libro de oraciones en la mano, los ojos entornados para velar su emoción, los dedos ligeramente temblorosos, salió lentamente por aquella puerta.

Cuatro hombres uniformados aguardaban más allá, en el estrecho pasillo. Sus cuerpos estaban tensos y sus facciones rígidas.

El sacerdote los miró uno a uno como si necesitara convencerse de la sórdida realidad, como si bajara de otro planeta donde no existieran aquellas situaciones horribles.

Pero la realidad era aquélla. Los cuatro hombres esperando. La puerta entornada a su espalda.

—¿Listo, padre? —preguntó el más viejo de aquellos hombres.

—Por mí, sí. Pueden entrar.

—El marido de Mona ha sido ejecutado hace unos minutos. Su cadáver acaba de salir de la cámara de gas. Ahora le loca a ella.

—No sé si hubiera sido más compasivo matarlos a los dos a la vez. Al menos hubieran estado juntos.

—Nada de eso, padre. Ya sabemos que a usted no le gusta mentir, pero es mejor así. Ella cree que su marido ha sido indultado, y su marido ha muerto creyendo que la indultada era ella. Así se sufre menos, ¿no?

El sacerdote se encogió de hombros imperceptiblemente, con un remoto dolor en el fondo de sus pupilas.

—Ése es un asunto que ya no le afecta a ella. No deben hablarle para nada de las cosas de este mundo.

—Entonces entremos. Ha sonado la hora.

Los cuatro hombres penetraron en la celda lentamente, mientras el sacerdote se alejaba pasillo abajo, aguardando junto a la cámara de la muerte para dar un último consuelo a la sentenciada.

Ésta, al ver entrar a los cuatro hombres, se había puesto en pie.

Era una mujer de unos treinta y dos años, todavía muy bonita. Más aún, según como se la mirara, podía decirse que estaba en su mejor edad. Alta, llena de curvas incitantes, a los treinta y dos años había alcanzado su plenitud, su máxima potencia personal, su mejor capacidad de dominio sobre los instintos de los hombres.

Incluso vestida con el rígido Uniforme carcelario, se advertía lo bonito e incitante que era el cuerpo de aquella mujer.

Pero en estos momentos había algo en su rostro, un deje especial en sus facciones, que indicaba que se hallaba ya fuera de este mundo. Su mirada perdida vagaba más allá de la puerta. Sus brazos caían sin fuerza a lo largo del cuerpo.

A pesar de que la mujer había sido condenada legalmente, y todos los recursos desechados, el jefe de los guardianes maldijo en aquel momento el hecho de que en California existiera la pena capital.

Tuvo que hacer un esfuerzo para decir:

—Vamos.

Mona Lexington no se resistió, como habían temido que sucediera. Aquella mujer amante de la vida, que la había disfrutado intensamente, abusando de ella hasta los últimos límites, iba, sin embargo, a la muerte, con una especie de calma sobrenatural que sobrecogía. Ella misma se puso en el centro del pequeño cuadro que formaban los guardianes y echó a andar hacia la puerta, todavía con la mirada perdida.

El fúnebre cortejo avanzó.

La Casa de los Muertos estaba completamente aislada del exterior por un triple cinturón de señales de rampas eléctricas y de guardianes armados. Nadie podía llegar hasta allí. Nadie podía soñar en salvar a Mona Lexington.

¿Nadie?

Fuera de allí, un hombre grueso, calvo, que había sido el abogado defensor de Mona, telefoneaba desesperadamente. Sabía que estaba jugando su última baza, que quemaba su último cartucho. Desde el despacho del gobernador había línea directa con la cámara de gas. ¡Si aún pudiera mover a compasión a aquel hombre! ¡Si aún lograba que él reaccionase en el último segundo…!

El gobernador se puso al aparato.

—Soy Glendale —dijo nerviosamente el abogado defensor—. Óigame, señor gobernador. ¡Tiene que oírme! Mona Lexington va a entrar en la cámara de gas. Su esposo ya ha sido ejecutado. ¿Es que la ley no tiene bastante con una víctima? ¿Es que vamos a tener que asistir al espectáculo sádico de la muerte de los dos?

La voz del gobernador sonó extrañamente lejana al otro lado del cable.

—Lo siento, Glendale, crea que lo siento. Aunque la ley no distingue entre hombres y mujeres cuando se trata de crímenes, le confieso que he examinado con más simpatía el caso de la mujer. Si hubiese habido algún resquicio legal por dónde hubiera podido filtrarse un perdón para Mona Lexington, yo lo habría empleado gustosamente. Pero es inútil. Esa mujer merece la muerte tanto como su esposo. Siento no poder decirle más, Glendale.

—Entonces… ¿el recurso…?

—Recurso denegado.

Y colgó.

Glendale quedó sudoroso, lívido, con la boca abierta, sabiendo lo que aquello significaba.

Significaba la muerte.

En otro punto de la prisión, un hombre joven que, después de muchas artimañas había logrado entrar con nombre falso a hacer una visita a uno de los reclusos de la Casa de los Muertos, se ponía en movimiento también.

Éste no iba a luchar con procedimientos legales ni iba a suplicar. Para él no había existido nunca más que una ley; la ley del revólver. Y ésa era precisamente la que iba a poner en práctica.

Había estudiado minuciosamente, meticulosamente, el horario de aquella parte de la prisión. Sabía que al salir de la Casa de Muertos encontraría los grandes recipientes con los desperdicios del día anterior. Y sabía también que en el que estaba más a la izquierda de todos ellos encontraría algo bajo la ropa.

Encontrar aquel «algo» le había supuesto entregar antes una propina de dos mil dólares; pero le iba a ser muy útil.

Al atravesar hacia el exterior el umbral de la Casa de los Muertos, acompañado de un guardián, vio el recipiente de la basura colocado a la izquierda, Faltaban sólo unos minutos para que la camioneta lo recogiera. Era preciso actuar.

Con un rápido y violento gesto, que tomó desprevenido al guardián, dio un empujón a éste y levantó con la otra mano la tapa del recipiente. El revólver de uno de los guardianes, lustroso y negro, estaba allí. El conductor de la camioneta de la basura también era cómplice.

El hombre se movió con una precisión y una velocidad inauditas. Sólo la sincronización de sus movimientos ya le acreditaba como un experto en aquella clase de trabajos. Tomó el revólver en fracciones de segundo, se volvió al mismo tiempo y disparó sobre el guardián, que desde el suelo iba a sacar su pistola.

La bala le perforó la mandíbula, atravesándole cabeza de abajo arriba y dejándolo yerto en menos de un segundo.

En el silencio espantoso que rodeaba la Casa los Muertos, la denotación sonó como un cañonazo, pero el hombre ya contaba con eso.

De un salto volvió a penetrar en el recinto y tiró sobre el segundo guardián, el que vigilaba la segunda puerta, antes de que éste pudiera mover el resorte que cerraba automáticamente.

La bala perforó el uniforme y atravesó el corazón del guardián cuando éste levantaba el brazo derecho.

Había una escalera mecánica que llevaba hasta el piso superior, donde estaba la cámara de ejecuciones. Sabía que iba a encontrar dos guardianes más en su camino, pero estaba dispuesto a eliminarlos también. Y si conseguía llegar hasta el punto central de la Casa de los Muertos, podría tal vez considerar salvada a Mona. Porque la camioneta de los desperdicios debía estar abajo con el motor en marcha, y la puerta que había de dejarla paso no se cerraría hasta que sonara la sirena de alarma.

¿Cuánto podía tardar en suceder esto? ¿Dos minutos? ¿Tres? ¿De cuánto tiempo disponía?

Era igual. Ya estaba lanzado. Ya no podía volver atrás.

Fue a subir las escaleras, y en ese momento le sorprendió la ráfaga.

Perfectamente parapetados tras sus escotillas de vigilancia, dos guardianes abrieron fuego contra él con sus metralletas. El sonido enloquecedor de la balas retumbó en los oídos del hombre antes de que el plomo le doblara, de que le hiciera crisparse y rodar escaleras abajo como un muñeco. Los guardianes estuvieron tirando

sobre él hasta que no quedaron proyectiles en sus cargadores.

La sirena de alarma ni siquiera llegó a sonar.

El hombre quedó doblado, hecho un ovillo al pie de la escalera, y, cosa extraña, sin perder por el momento una sola gota de sangre. Los dos guardianes se inclinaron a un tiempo sobre él.

—¿Pero qué quería este loco? ¿Qué intentaba?

—¿Él solo? ¿Estaría borracho?

—Dios sabe qué plan tendría. Debió pensar que un ejército no puede entrar en la Casa de los Muertos, pero un hombre sólo tal vez sí. En fin, lo ha pagado bien. ¿Cuántas balas lleva encima?

El segundo guardián hizo un rápido recuento de los impactos sobre el traje, que ya empezaba a teñirse de rojo.

—Lo menos treinta.

—Lástima de plomo. Cuando hayan ejecutado a Mona, llama al alcaide.

Desde la entrada de la cámara de la muerte, y a pesar de lo hermético que era el lugar, Mona percibió la ráfaga.

Pero apenas hizo caso. Sus ojos seguían estando como extraviados, su mirada continuaba siendo lejana. Ni siquiera llegó a enterarse de que un hombre, un antiguo miembro de la banda, había muerto por ella.

Sólo mostró un poco de vivacidad cuando su rostro se volvió hacia el sacerdote.

—¿Voy a sufrir, padre?

Él negó con la cabeza, pero sin atreverse a hablar.

¿Quién sabe lo que se siente en la cámara de gas? Nadie ha salido de ella para contarlo. Chessman, al morir, hizo una imperceptible seña a su defensor. Aquella seña tenía un símbolo entre ellos; significaba que sufría. Pero ¿por qué hablar de eso? ¿Qué podía el sacerdote decir?

La puerta de la cámara de gas se abrió del todo. Los testigos ocuparon silenciosamente su puesto.

Era el fin.

Mona fue sentada en uno, de los dos asientos —ella ignoraba aún e ignoraría siempre que en el contiguo había muerto su esposo —, y el verdugo la ató sólidamente.

Luego quedó sola. La cámara de gas fue cerrada herméticamente. A través de los cristales, los rostros de los testigos

parecían espectros flotando entre la niebla.

Sonó la señal.

Las bolas de cianuro cayeron sobre el ácido que las aguardaban debajo de la silla, para producir el mortal ácido cianhídrico. A partir de aquel momento ya nada podía salvar a Mona. Nadie podía entrar en la cámara… Todo estaba consumado.

Mona, en el último momento fue presa del terror y la serenidad que la había animado hasta entonces falló. Desesperadamente, angustiosamente, anheló vivir.

Contuvo la respiración todo lo que pudo, para que los gases letales no le llegaran hasta los pulmones, pero fue inútil. El ácido cianhídrico la rodeaba por todas partes, lo llenaba todo. Cuando ya no pudo resistir más, Mona inhaló con una especie de gemido, mientras se revolvía. El gas mortal penetró hasta el fondo de sus pulmones.

Los rostros que miraban más allá de los cristales se fueron volviendo más borrosos más lejanos… Por fin se convirtieron en unos puntos blancos que fueron desapareciendo poco a poco, entre un zumbido trágico que surgía de la propia mente de la mujer.

El vacío absoluto, definitivo, de la muerte.

El médico que estaba escuchando en el estetoscopio pegado al pecho de Mona, y conectado al exterior, susurró:

—Ha muerto.

Inmediatamente, los ventiladores se pusieron a funcionar dentro de la cámara. El gas letal fue vaciado por una chimenea especial. Los testigos desfilaron lentamente para firmar el acta.

Mona quedó sola, hundida en el asiento, con la cabeza trágicamente ladeada, hasta que se pudiera entrar en la cámara.

El alcaide susurró:

—¿Está listo el ataúd?

—Sí, señor.

—Nadie la ha reclamado, ¿verdad?

—Nadie señor.

—Entonces pueden enterrarla transcurridas seis horas. Tome las disposiciones oportunas.

—Naturalmente, señor.

El alcaide entró en su despacho y pidió una comunicación con el condado de Los Ángeles. Cuando se la dieron solicitó hablar con el

alcaide.

—Patton… Soy Loman.

—Buenos días, Loman. ¿Cómo estás? ¿Han tenido lugar las ejecuciones?

—Mona Lexington ha muerto en segundo lugar. Su cuerpo aún está en la cámara.

—Entonces, ¿podemos trasladar a la otra condenada?

La voz sonó ronca al responder:

—Podéis traerla.

CAPÍTULO VI

En la prisión del condado de Los Ángeles, un hombre algo grueso, de cabellos grises, vestido de negro, colgó el teléfono lentamente.

Dos agentes uniformados esperaban al lado del despacho, rígidos como figuras de cera.

—Pueden trasladar a la otra condenada —dijo—. La están esperando ya.

—¿Ha sido ejecutada ya su hermana Mona Lexington?

—Acaba de serlo. Y su esposo también.

—Quizá nunca un tribunal de California había condenado a muerte a tres personas de una misma familia —dijo uno de los agentes—, pero la verdad es que lo merecían. ¿Cuántos asesinatos cometieron en complicidad? ¿Seis? ¿Siete?

—La duda sobre si fueron seis o siete existe aún —dijo el alcaide —, pero seis están probados. Tendrán, la bondad de proceder cuanto antes al traslado de Silvia en coche especial. ¿Está todo dispuesto?

—Desde luego, señor.

Los dos agentes fueron a retirarse. El alcaide los llamó antes de que traspusieran la puerta.

—Un momento.

—¿Qué, señor?

—Silvia no irá sola.

—¿Qué quiere decir, señor?

—Para prevenir cualquier intento de fuga, debe ir esposada junto a otra reclusa a la que sólo faltan unos seis meses para salir en libertad. Esa reclusa no se arriesgará a una fuga cuando sólo le queda tan poco tiempo de condena, y por consiguiente, hará lo imposible para impedirlo, si es que Silvia intenta algo. Será como un guardián más.

—Buena idea, señor. ¿Ha elegido a alguien?

—Sí. A Judith Lawrence.

—Es muy joven y ha observado buena conducta.

—Razón de más. Seguro que saldrá dentro de seis meses y seguro que tendrá interés en seguir portándose bien.

—Claro, señor.

—Avisen a la celadora que corresponda y que lo preparen todo para el traslado. Ya he obtenido la autorización.

Los dos agentes salieron.

El departamento de mujeres de la prisión del condado era más alegre que el de los hombres, y por su orientación recibía mejor el sol. Cuando la celadora avisó a Judith, ésta se encontraba en el patio.

Estaba morena, a causa de tomar aquel benéfico sol todas las mañanas. Sus cabellos rubios le caían en mechones sobre la frente. Tenía veinticuatro años, pero parecía más joven. Hubiérase dicho una colegiala que por error acababa de caer en aquel patio donde sólo las criminales tenían cabida.

Como Mona, que ya estaba muerta en la prisión de Alcatraz, ésta también era alta, opulenta, aunque sin las líneas rotundas de la sentenciada. El uniforme reglamentario no lograba disimular sus formas incitantes, su cintura estrecha, el seno erguido y las torneadas piernas que desaparecían, por desgracia, en los feos zapatones de presidio.

La celadora dijo:

—Prepara tus cosas. Te trasladan.

Judith la miró con aquella extraña mirada que nadie entendía, una mirada que tenía reflejos color miel y que, sin embargo, era de una insólita y fantástica dureza.

—¿Me trasladan? ¿Adónde?

—A San Francisco.

—¡Qué lástima! —dijo Judith burlonamente—. ¡Con lo animado que es Los Ángeles, y lo bonito que resulta!

—Calla y prepara tus cosas.

—Me devolverán mi ropa, ¿no?

—Por supuesto. Vas a ir vestida como lo que eres, como una zorra. Anda vuelve a tu celda.

Media hora después Judith estaba vestida tal y como ingresó en

la cárcel, con ceñido traje chaqueta gris, medias finas, zapato de alto tacón y blusa azul. Era quizá la mujer más bonita que había puesto los pies en la cárcel del condado de Los Ángeles, pero ella simulaba ignorarlo.

Una mueca desdeñosa se marcaba en sus labios, aunque aquella mueca desapareció cuando vio que la esposaban junto a Silvia Lexington, una condenada a muerte.

No sabía que aquél era el principio de la aventura más enloquecedora que su mente hubiera podido soñar.

CAPÍTULO VII

Burkley disparó.

Siempre hacia aquella mueca especial al disparar, apretando mucho los labios y empequeñeciendo los ojos, como si su rostro fuera una máscara. Luego acarició el revólver.

La mujer que estaba frente a él, sujeta por los dos hombres, se estremeció al recibir los balazos, y su hermosa cabeza que se hallaba muy inclinada hacia atrás, cayó bruscamente hacia delante. Tres botones rojos se marcaron en su hermoso vestido negro, a la altura del corazón.

Los dos hombres que la sujetaban temblaron un momento también porque a sus cuerpos se transmitió el espasmo agónico de la víctima al recibir los tres balazos.

Burkley masculló:

—Soltadla.

Los dos hombres abrieron las manos, y el hermoso cuerpo cayó hacia adelante. En el suelo aún pareció retorcerse en un último espasmo antes de quedar definitivamente quieto. Con la falda subida más allá de las rodillas, con su vestido roto a causa de los tirones de los dos hombres, hubiera podido decirse que aún era hermosa. Pero todo lo que hizo Burkley en homenaje suyo fue darle vuelta con el pie para ocultar aquel rostro que aún parecía mirarle.

Luego Burkley guardó la pistola.

Con un largo silenciador acoplado al cañón, aquella pistola del 45 extra, resultaba un arma silenciosa y terrible. Podía disparar con precisión a trescientos metros de distancia, casi tanto como un fusil, y los disparos, parecidos a taponazos, no se hubieran oído ni en la habitación contigua.

Burkley dijo a uno de los hombres que habían sujetado a la muchacha:

—Tú, sal fuera.

El otro salió.

Los otros cuatro hombres que había en la habitación en torno a una mesa, bajo la luz concentrada de una lámpara que colgaba del techo, miraron silenciosamente a Burkley.

—Asunto resuelto —dijo éste, pasando por encima del cadáver —. Es posible que Kety fuera la que denunció a Mona, a su hermana y a su marido. Lo ha pagado bien.

Uno de los cuatro hombres puso los puños sobre la mesa.

—Pero Kety nunca confesó que hubiera sido ella.

Era un hombre alto, moreno, más fuerte que sus compañeros, con el mentón cuadrado y los ojos extrañamente claros y extrañamente limpios, hasta parecer inhumanos. Vestía con cierta elegancia y hablaba siempre muy poco. Por eso era más raro que, entre el silencio general, hubiese hablado él precisamente ahora.

—¿Qué te ocurre, Kiss?

Paul Kiss clavó en el jefe sus ojos siniestros de tan limpios.

—Digo que ella no confesó nunca que fuera la delatora.

—¿Lo hubieras confesado tú?

—Yo no.

—Pues ella tampoco. Sabía a lo qué se exponía si confesaba haber hecho la delación. Claro que, de todos modos, ha sido lo mismo. —Se frotó las manos suavemente—. Bueno, a otro asunto. Hoy Mona Lexington y su marido han sido ejecutados.

—Lo sabíamos —dijo el mismo Paul Kiss—. En el último boletín de noticias han confirmado eso.

—Juré a esa perra —dirigió una mirada de soslayo al cadáver—, que moriría el mismo día en que muriese Mona, y he cumplido mi palabra. Ahora hay que tratar de salvar a su hermana Silvia. La llevan a San Francisco para ejecutarla también.

—Buena carnicería…

—Entre los tres liquidaron a una familia entera en una granja, cuando pretendían huir —dijo suavemente Burkley—. Una familia entera compuesta de padre, madre, una anciana y un niño. Como se comprobó que todos habían manejado las armas, no existe jurado en este país que no los hubiera condenado a muerte. Pero yo juré salvarlos y lo haré.

Burkley tenía unas facciones duras y la barbilla cuadrada y saliente que le daba en ciertos momentos aspecto de hombre

prehistórico, de hombre con energía y dureza indomables.

Otro de los hombres gruñó:

—Pues lo que es a Mona y a su marido no ha podido salvarlos.

—Porque los llevaron en el primer momento a la Casa de los Muertos, y de allí no hay quien los saque. También ha dicho el boletín de noticias que un tal Jimmy Burns intentó salvar a la condenada penetrando solo en la Casa de los Muertos. ¿Os acordáis de Jimmy Burns? El muy imbécil estaba enamorado de Mona como un loco. Y el muy imbécil ha ido a morir acribillado a unas yardas de distancia de su amada, que ni siquiera se habrá enterado de lo que ocurría. Habrá sido lo bastante loco para pensar que se podía entrar y salir de la Casa de los Muertos sin más ayuda que un revólver. Pero nosotros vamos a ser más inteligentes.

—¿Cuál es su proyecto?

Otra vez había sonado la voz de Paul Kiss. Burkley, sin mirarle desplegó un gran plano de Los Ángeles sobre la mesa.

Allí estaban todas las rutas que salían de la ciudad, lo mismo en dirección sur, hacia Capistrano que hacia el norte, hacia el Valle del Sol y San Francisco. Una perfecta señalización de todas las playas ensenadas y bahías figuraba también en el plano.

Burkley puso su dedo índice —un dedo gordezuelo y cargado de anillos—, sobre un punto determinado en el que se cruzaban dos importantes vías.

—Aquí tenemos la confluencia de Figueroa Street y el Boulevard Firestone —musitó—. La furgoneta en que será trasladada Silvia vendrá desde Wilmington en dirección ascendente, buscando atravesar Hollywood, Grifito Park y enfocar por Saint Fernando Road. Supongo que este camino no os parece enteramente lógico.

—No —dijo Kiss—. Parece que quiera dar un rodeo.

—Justamente. Lo que se pretende es simular que no toma la ruta de San Francisco.

—¿Y llevan a Silvia en una furgoneta de la policía? ¿Por qué no en avión o en tren?

—En avión es imposible porque se notaría demasiado que es una mujer vigilada, y ello produciría el consiguiente malestar entre los demás pasajeros. No olvidéis que las compañías son privadas y pueden negarse a transportar según qué clase de personas. En cuanto al tren, lo consideraran más inseguro que la furgoneta,

porque en el tren viaja demasiada gente y no puedes vigilarla a toda.

—¿No temen un asalto en plena carretera?

—No. Saben que sería demasiado arriesgado. Es lógico además que destaquen un servicio especial de coches patrulleros en toda la ruta.

Su gordezuelo dedo índice trazó una línea a la izquierda, siguiendo la ruta que lleva a Hollywood y al aeropuerto internacional.

—El trabajo lo haremos justamente en el cruce de Figueroa con Firestone, para encaminarnos luego hacia Hollywood Park.

—¿Y qué haremos allí? La carretera muere en el aeropuerto, y aunque desde allí puede irse a los bulevares de Washington o de Sepúlveda, toda la zona estará muy vigilada.

—Torceremos hacia la izquierda.

—¿Hacia los pozos petrolíferos de Torrance?

—Sí. Aquello es un buen laberinto donde perderán nuestra pista si alguien nos sigue.

—¿Y dónde piensa ir luego?

—A Punta Vicente, atravesando las colinas. En uno de los acantilados nos aguardará una lancha.

—¿Para llevarnos adónde?

—A la isla de Santa Catalina. Allí, cerca de Avalón, tengo un refugio donde no seremos descubiertos. Será preciso aguardar una semana, tal vez diez días, hasta que un barco de pescadores nos lleve a la Baja California y luego a Méjico.

Aquel plan, con la seguridad con que lo explicaba Burkley, parecía una cosa sencilla y que no podía fallar. Asaltar un coche de la policía en la confluencia de dos calles importantes, ir luego a toda velocidad hacia los pozos petrolíferos de Torrance, que están situados entre los Ángeles y el mar, y luego llegar hasta Punta Vicente donde les aguardaría una lancha. Pero ¿cómo hacer todo aquello? ¿Cómo se podía asaltar una furgoneta de la policía en el cruce del Boulevard Firestone Street y Figueroa Street?

Burkley se dio cuenta de que la inseguridad, casi el temor, flotaba en los ojos de sus hombres.

—Estáis pensando en que todo es demasiado difícil, ¿verdad?

—No, al contrario. Lo que ocurre es que dicho por usted nos

parece demasiado fácil —habló Paul Kiss—. Y es eso lo que no puede ser. Es eso lo que parece imposible. Al llegar a Figueroa Street, la furgoneta policíaca no llevará escolta —anunció Burkley.

—¿No? ¿Y cómo se explica eso?

—Porque no quieren llamar la atención. Piensan que una escolta demasiado ostentosa sería una imprudencia. En realidad, nadie conoce la ruta de la furgoneta, excepto unas cuantas personas… y yo mismo. Tengo un confidente en la policía que esta vez ha jugado fuerte.

—Pero ¿cómo detendremos el coche?

—Yo produciré un atasco cuando la furgoneta vaya a pesar. El confidente de quien os he hablado irá dentro y abrirá la puerta para ver qué ocurre, fingiendo estar extrañado. Naturalmente, no irá solo, sino con dos compañeros que enseguida reaccionarán. Ya saben que teóricamente les está prohibido abrir la puerta durante el trayecto suceda lo que suceda. Vosotros estaréis apostados aquí y aquí —señaló dos puntos muy precisos sobre el gran plano—. Tendréis que disparar sobre el hombre que haya abierto la puerta y que saltará enseguida esgrimiendo un arma, pero sólo hay que darle en una pierna, y además, en el muslo, sin rozar ningún hueso. Tú, Kiss, que tienes la mejor puntería, serás el encargado de eso. Piensa que ese hombre es un amigo que más adelante puede sernos útil otra vez.

Kiss apretó los labios.

—De acuerdo. No fallaré.

—Los otros intervendréis al mismo tiempo. Los dos guardianes que irán dentro de la furgoneta deben quedar inutilizados. No importa que mueran. Me interesa un trabajo rápido y que dure apenas diez segundos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Pero ¿por dónde huiremos?

—En el coche que yo conduzca y que tú, Jim, habrás robado una hora antes, iré solo, de modo que cabremos todos. Entonces seguiré la dirección que os he indicado. Parece un trabajo difícil, pero si todo se hace en un cuarto de minuto como máximo, estaremos lejos antes de que nadie se dé cuenta de lo sucedido.

—¿Y el coche robado?

Había preguntado Kiss. Burkley le miró.

—Tú no vendrás con nosotros hasta Santa Catalina. Tomarás el

coche y seguirás hasta el norte desde la playa de Redondo, pasando por las de Hermosa, Manhattan y El Segundo, desde donde doblarás hacia la derecha, a Sepúlveda Boulevard. Cerca de Will Rogers State Park debes dejar abandonado el automóvil, para que la policía tenga la sensación de que allí hemos seguido por las colinas, buscando encontrar Ventura Boulevard. Al día siguiente irás, a Avalón como un turista más, y esperarás a que nos pongamos en contacto contigo.

—En apariencia es sencillo.

—Y lo será —dijo Burkley en voz ronca—. Yo siempre trabajo bien.

—¿Cuándo debernos empezar?

—Ahora.

Burkley miró su reloj.

—Son ahora exactamente las diez y un minuto. La furgoneta va a pasar por el cruce a las doce cuarenta y cinco, casi exactamente. Tú y Jim, debéis buscar enseguida un coche grande y rápido, de seis plazas, y llevármelo a Ramona Freeway, junto a Unión Station. Yo te estaré esperando allí dentro de una hora. Necesito tiempo para manejar y probar el coche y acostumbrarme a él.

Jim se puso en movimiento.

Fue hacia la puerta, cuidando de no pisar el cadáver, que ya había dejado extendida bajo él una amplia mancha de sangre.

—¿Y nosotros? —preguntó Paul Kiss.

—Podéis ir a vuestros puestos dentro de una hora, cuando hayáis terminado otro trabajo.

—¿Qué trabajó?

Burkley señaló con el mentón a la muerta. Los otros comprendieron.

—¿Qué armamento es necesario llevar?

—Sólo las pistolas, pero es necesario que cada uno lleve cuatro cargadores encima:

Burkley plegó el plano calmosamente, dejándolo sobre la mesa. Luego miró el cadáver.

—Lástima —gruñó—. Tenía bonitas piernas.

Ése fue todo el homenaje que mereció la muerta.

A continuación Burkley abrió una puerta que daba a un pasillo iluminado, más allá del cual había una sala con otra puerta, esta de

cristales, por la que se filtraba la luz.

Los hombres avanzaron como espectros por el pasillo sin despegar los labios.

Burkley, que iba delante, atravesó la sala y abrió la puerta.

Entonces se comprendió bien por qué no les había preocupado mucho tener una mujer muerta allí, a sus pies, mientras hablaban del trabajo que iban a hacer en Figueroa Street.

Porque detrás de aquella puerta había una funeraria con horno crematorio, cuyo propietario era Burkley.

Éste susurró apenas:

—Ahí dentro hay tres cadáveres cuya incineración ha sido autorizada hoy. Metedla a ella también y distribuid sus cenizas entre los familiares de los otros muertos. No lo notarán.

Burkley introdujo los pulgares en los bolsillos de su chaleco, respiró fuerte, sacando estómago y sonrió feliz.

CAPÍTULO VIII

Cuando empezó a darse cuenta de lo que sucedía, Flynn notó que estaba tendido en una cama bastante dura, de ropas razonablemente limpias, y en una habitación sencilla donde había una ventana por la que entraba la luz más o menos clara ya del amanecer. Al parecer en aquella habitación no había más cama que la suya, y en la cama no había más lesionado que él.

Se sorprendió.

Lo único que recordaba, y muy vagamente, era la atmósfera sombría del bar de Limpson, que se había ido desvaneciendo cuando recibió aquel terrible golpe en la cabeza.

Luego nada.

A continuación de aquello era como si hubiese muerto.

¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Quién le había traído hasta aquel extraño sitio?

Movió levemente la cabeza.

Y entonces vio a la otra persona que estaba en la habitación, a quien sólo le faltaba llevar su cajita con tabaco.

El viejo Nat se había sentado cerca de la cama y le miraba fijamente. Sus facciones tenían un color gris y turbio a la luz del amanecer. «Este hombre está mal —pensó mecánicamente Flynn—. Su salud se hunde…». Las manos del viejo Nat temblaban. Pero esta vez había en sus ojos como un brillo de esperanza.

—Óigame…

Nat se había inclinado sobre él.

—Óigame, amigo mío… perdone, pero es que no sé ni su nombre. Le he vendido cosas muchas veces y no sé ni cómo se llama. Siempre le he conocido por «el detective».

El herido balbució:

—Me llamo Flynn.

—Flynn… Es un nombre que me gusta. Sí, señor, me gusta…

¿Cómo se encuentra ahora?

El joven se pasó una mano por la frente.

No podía decir que se sentía bien. No, al contrario. La cabeza le ardía por los cuatro costados. Pero ahora iba recordando detalles y se maravillaba de estar vivo.

—Algo mejor…

—Vaya, lo celebro.

—¿Cómo estoy aquí?

—Usted no se preocupe, detective. Está aquí y basta. Le atenderán bien.

Flynn miró en torno suyo.

Conocía lo bastante de aquellos ambientes para saber de qué se trataba. Estaba en una habitación de pago de un hospital público, no cabía duda.

—¿Me ha traído usted aquí, abuelo?

—Pongamos que sí.

—Pero habrá tenido líos para eso… Desde aquí darán un parte al Juzgado.

—Pongamos que no.

—Y le habrá costado dinero.

—Pongamos que tampoco.

Flynn parpadeó con sorpresa.

—El interno que está encargado de este sector durante algunas noches, es amigo mío —dijo el viejo Nat—. He tenido suerte esta vez. Mi amigo estaba, y además estaba solo. He podido convencerle de que le metiera aquí y le hiciese un encefalograma.

A Flynn le dolían horriblemente la cabeza, pero balbució:

—Eso puede meter en un lío a su amigo, abuelo.

—Nadie se enterará. Total por unas horas… Hasta las nueve no llega el revelo. Y no crea que no me he ganado el favor a pulso. He tenido que ayudarle a romper los brazos a tres accidentados muertos.

Flynn parpadeó.

—¿Romperles los brazos? ¿Para qué?

—Para la autopsia, hombre… Si no, luego se tiene mucho más trabajo al quitarles las ropas y volvérselas a poner.

El siniestro detalle hizo que Flynn cerrara los ojos. Una nube gris parecía flotar aún en el interior de su cerebro. Al abrirlos dijo:

—¿Por qué no me dejó allí, en el bar de Limpson?

—Lo habían sacado fuera, a la playa de estacionamiento que hay al otro lado.

—¿Y por qué no me abandonó? ¿O por qué no avisó a la policía?

—Hum… —El viejo Nat hizo una mueca—. La policía y yo nunca estuvimos en buenas relaciones, muchacho.

—Pero podía haberme abandonado.

—Intenté curarte allí mismo. Con *whisky*, ¿sabes? Y pensé que ibas a ponerte bien, pero al cabo de un largo rato me extrañó que no recobraras el conocimiento. «A éste le han fracturado la base del cráneo», me dije. Si era así, necesitaban operarte o ibas a morir sin remedio. Por eso robé uno de los coches y te traje. Pero por suerte no te has roto nada.

Flynn suspiró.

Su pesadez iba cediendo, y aquellas dos manos imaginarias que parecían machacarle la cabeza ya no apretaban tanto.

—Voy a salir de aquí —dijo.

—No te preocupes, tienes tiempo hasta la hora del relevo. Puedes irte a las nueve, y sólo son…

Como no tenía reloj, se acercó a la ventana.

—Sólo deben ser las siete —dijo, calculando por la altura del sol.

Flynn consultó la esfera de su cronómetro. Eran las siete y diez.

—Diablo… —Fue todo lo que pudo decir.

El viejo Nat se quedó junto a la ventana. Miraba hacia el exterior, hacia la mañana gris y neblinosa. Juntó las manos y dijo con un soplo de voz:

—Ya deben haber matado a Mona Lexington.

—¿La asesina?

—Sí. Y a su marido. Y es posible que a la hermana la traigan desde Los Ángeles para ejecutarla también.

Flynn balbució:

—No recordaba que la ejecución estaba señalada para hoy.

—La hora ya ha pasado —murmuró el viejo Nat—. Seguro que el gobernador no ha indultado a ninguno de los dos, y ya han ido a la cámara de gas. Me pregunto cómo lo habrán hecho. Si juntos o uno tras otro. En el fondo, y a pesar de ser dos perros asesinos, formaban un matrimonio que se quería. Me pregunto de qué modo habrá sido menos cruel.

Flynn murmuró:

—Los habrán engañado.

—¿De qué modo?

—Ejecutándolos uno tras otro. Y diciendo a ella que él había sido indultado, y diciéndole a él que la indultada había sido ella. Un consuelo, después de todo. En los raros casos en que se ejecuta a un matrimonio, suele hacerse así.

—De todos modos es tan triste… —suspiró Nat—. ¡Y esta ciudad es tan sórdida! Pero me gusta vivir en San Francisco. Me gusta porque tiene vida. Hay un gran corazón en esta ciudad de todos los demonios. La ciudad que ha acogido a todos, a usted, que es un hombre honrado, y a mí, que soy un paria. A la hora en que Mona Lexington ha muerto, otras mujeres habrán reído de gozo al dar a luz a una niña que a lo mejor se parece a Mona. Y otras mujeres habrán suspirado con el placer del primer beso. Y algún hombre se estará vistiendo, asustado, porque es el primer día de su nuevo empleo y teme llegar tarde. Sí… Hay un verdadero corazón en esta ciudad de todos los demonios. —De pronto volvió la cabeza—. ¿Le estoy mareando, Flynn?

—No, al contrario. Me gusta oírle hablar.

—¿Cree que podrá levantarse dentro de una hora?

—Me levantaré en este momento.

—Espere… No se precipite. Llamaré a mi amigo para que le eche una última ojeada. Y yo ya no volveré, ¿sabe? No conviene que a un tipejo como yo lo encuentren aquí.

—Nat… ¿se da cuenta del favor que me ha hecho?

—¿Favor? No diga tonterías. Yo nunca he hecho nada por nadie.

—Me gustaría pagárselo. Acepte algunos billetes. De momento estoy bien de fondos.

El viejo Nat hizo un movimiento despectivo con el brazo derecho.

—Bah… Olvídelo. Quizá sea la primera vez que me molesto por alguien. Ya era hora, ¿no? Aguarde, avisare a mi amigo.

Ya en la puerta, el viejo se volvió.

Su rostro seguía siendo gris.

—¿Por qué se lo hicieron, Flynn?

—No lo sé.

—¿Ni lo sospecha siquiera?

—La verdad, no.

—¿Se había metido usted en los negocios que se hacen por aquel barrio? ¿Quizá con los negocios del propio Limpson?

—No, nunca me metí con él.

Nat chascó dos dedos.

—Entonces ya lo tengo.

—¿Tener? ¿El qué?

—Fue por lo de Forbes.

Flynn no recordaba todavía bien. Farfulló:

—¿Forbes?

—Usted le busca, ¿no?

—Le busco, desde luego.

—Y lo ha dicho demasiadas veces. Pues ahí está el mejunje, muchacho. Forbes no quiere que lo encuentre. Y aquellos amigos suyos se encargaron de garantizarlo.

Mientras hacía girar el pomo, murmuró:

—Pero le daré una idea.

—¿Cuál?

—Forbes tiene debilidad por una chica llamada Licia Bol. Seguro que si piensa abandonar la ciudad se despedirá de ella.

—¿Licia Bol? ¿Alguna artista?

—Ujú. Actúa en el Great Bay. Su turno empieza a las diez de la noche, o sea que tendrá que esperar. Pero quizá valga la pena.

Flynn hizo un gesto afirmativo.

—Claro que valdrá la pena, Nat. Y gracias.

—¿Gracias? ¿Por qué?

—Es posible que me haya salvado la vida.

—Ya le he dicho que jamás he hecho nada por nadie. Pero quizá algún día haya que cambiar de costumbres, digo yo.

Y salió.

Momentos después entraba un hombre de media edad con aspecto de médico desengañado de muchas cosas, quien clavó en Flynn sus ojos penetrantes. Seguro que pensaba que, siendo amigo de Nat, tenía que ser por fuerza un vagabundo. Le tomó el pulso y luego le aplicó un estetoscopio sobre el corazón, todo eso sin pronunciar una palabra.

Luego murmuró:

—¿Qué es eso?

—¿El qué?

—Esa quemadura junto al corazón.

—Me la hice de niño. Fue una quemadura, desde luego. Pero no tiene la menor importancia.

—Sería un buen sistema para identificarle. ¿Tiene ficha en la policía?

—Aún no.

—Siendo amigo de Nat, pronto la tendrá.

—¿Usted no le aprecia?

—Claro que le aprecio. Precisamente por eso me revienta que viva así. Le han aplicado ya la ley de vagos y maleantes no sé cuántas veces. Cualquier mal día acabará en la cárcel por muchos años.

Luego retiró el estetoscopio.

—Está usted bien. ¿Sabe que tiene unos huesos de acero?

—No comprendo cómo no me hundieron la frente —reconoció Flynn.

—De todos modos necesitaría estar un día aquí, en observación. Pero entonces tendría que dar parte a la policía.

—No se preocupe; ya puedo valerme solo.

Saltó de la cama y preguntó:

—¿Puedo darme una ducha?

—Y afeitarse también. Tiene mi máquina en esa puerta que hay al otro lado del pasillo. Es el departamento de médicos, pero ahora no le verá nadie.

Flynn pasó al lugar que le indicaban, terminó de desnudarse y luego se dio una larga ducha de agua fría que le reconfortó y templó su cuerpo. Tras afeitarse, volvió a la habitación, donde se vistió y arregló por completo.

Extrajo un billete de diez dólares.

—¿Puedo hacer un donativo para el hospital?

El médico rió.

—Claro que sí…

—Tome.

El billete desapareció en uno de los bolsillos del interno. Éste murmuró:

—Buen provecho…

CAPÍTULO IX

Flynn no tenía en San Francisco un soberbio ocho cilindros, como en Boston, sino un coche usado y rápido que se amoldaba más a su actual situación. Lo había comprado en un gran parque donde se vendían toda clase de automóviles usados, muchos de ellos con inscripciones «pop».

Flynn nunca olvidaría uno con grandes manchones amarillos y rojos, viejo y destartalado, con parches en los neumáticos, en una de cuyas puertas se leía: «Señora, no se ría. Su hija podría estar dentro».

El automóvil que él llevaba no llegaba a eso, desde luego, pero tampoco era lo que se dice un coche absolutamente respetable.

Rodó con él hacia el barrio portuario, donde estaban algunos de los establecimientos más *sexy* de la ciudad, y lo detuvo en una esquina solitaria, tras desconectar la radio.

Había oído ya tres veces el mismo boletín de noticias.

Silvia Lexington, trasladaba desde Los Ángeles a San Francisco para ser ejecutada, había logrado huir, con la ayuda de otros *gangsters, cuando estaba cerca de los pozos petrolíferos de Torrence. Dos guardias habían resultado muertos, y otro herido en una pierna. Se suponía que el autor del festival había sido Burkley, pero la policía, como de costumbre, no iba a poder probarle nada.*

Flynn pensó:

«Y encima ese canalla de Burkley pedirá daños y perjuicios a la emisora por haberle mencionado. Les sacará cien mil dólares de indemnización. No deja de tener gracia…»

El noticiario había añadido algo más. Había añadido que con Silvia Lexington tuvo que fugarse una muchacha llamada Judith Lawrence, la cual iba esposada a ella por razones de seguridad.

Flynn tenía aquellas noticias clavadas en la mente.

Burkley era un tipo hasta el que pensaba llegar, haciéndolo con todas las consecuencias. Era un tipo al que pensaba arrancar un millón y quizá bastante más. Pero ahora las cosas se habían complicado bastante. Si Burkley, en efecto, estaba metido en aquel lío, desaparecería por una buena temporada.

Caminó a pie hasta Alvarado Street.

Allí estaba el Great Bay, junto con otros dos teatrillos de parecida clase. El Great Bay, si hubiera que definirlo de algún modo, podría decirse que no era una casa de modas, sino todo lo contrario. Allí las chicas no se vestían. Y a buen entendedor…

Licia Bol debía ser la *vedette*, porque estaba anunciada en todas partes. Pero Flynn no quedó materialmente petrificado hasta que pudo ver su retrato.

Era la chica del bar de Limpson. La de las bonitas piernas, la que le había clavado su tacón entre los ojos.

Sin duda el viejo Nat conocía aquel lío de Forbes con Licia Bol, pero ignoraba qué cara tenía ésta.

Y eso indicaba que la paliza que le dieron la noche anterior estaba relacionada con Forbes de algún modo. Eso indicaba que el viejo había tenido razón.

Flynn entró.

Se sentía ya mucho mejor, después de transcurridas casi veinticuatro horas. Aún había momentos en que le dolía la cabeza, pero eso no hacía sino aumentar sus ansias de revancha. Si volvía a encontrar a los tipos que le habían golpeado, las cosas iban a resultar muy distintas.

El espectáculo estaba en pleno «clímax». La que ocupaba el pequeño escenario era justamente Licia Bol. Como preludio, se estaba quitando un guante. Tenía para quitarse bastantes cosas más.

Flynn se sentó a una mesa próxima al escenario y pidió champaña.

Ella le vio. Veía a todos los que ocupaban aquellas mesas, generalmente tipos ansiosos que la devoraban. Pero éste era distinto. Éste parecía tener como dos pedacitos de hielo en los ojos.

En una de sus evoluciones, mientras iba a quitarse uno de esos guantes de nylon que las chicas se ponen en las piernas, hizo una seña a alguien que estaba entre bastidores. Ese alguien comprendió.

Cuando el número de Licia Bol terminó, se encendieron las luces. Licia era el número fuerte, y ahora empezaba el baile en la pista. Flynn, a pesar de que sólo había bebido dos copas, dejó el importe sobre la mesa y se dirigió al *maître*.

—Quisiera ver a la señorita Bol. Dele esta tarjeta, por favor.

La tarjeta iba envuelta en un billete de diez dólares. El *maître* lo guardó y sonrió ceremonioso.

—No recibe a todo el mundo, señor, pero preguntaré.

Volvió un par de minutos después, luciendo una ancha sonrisa de a diez dólares.

—Le recibirá, señor. Por allí.

—Gracias.

Flynn le largó otro billete. Lo que había en la cara del *maître se transformó en una sonrisa de a veinte dólares.*

El joven avanzó por el corredor en penumbra. Nada en él recordaba al meticuloso abogado de Boston. No, ni mucho menos. Parecía simplemente un granuja que va a ver a una chica más granuja aún, pero de las que se lo hacen perdonar todo con sólo enseñar las piernas.

El nombre estaba en la puerta del camerino. Él llamó con los nudillos, quedamente.

—Entra.

—Empujó la puerta.

La chica estaba haciendo todo lo contrario que en escena. Ahora se estaba poniendo el «guante» de nylon que antes se quitó.

Le miró fugazmente.

—Tienes la cabeza dura, ¿eh?

—Mucho.

—En cambio yo no. Yo soy una chica blanda por todas partes. Hala, entra de una vez y cierra.

Él cerró. Pero en cierto modo sabía ya lo que iba a ocurrir en cuanto oyera el chasquido de la puerta.

En efecto, el tipo que había estado tras la hoja se movió. Una cosa dura se clavó en el hígado de Flynn.

Éste no llevaba armas.

No había llevado armas nunca, porque en sus cálculos no entraba matar a persona alguna.

Una mano rápida le cacheó. Comprobó que no llevaba nada.

Licia se abrochó el liguero.

—¿Desarmado?

—Sí.

—Dile que apoye las manos en la pared.

La voz ordenó a espaldas de Flynn:

—Tú… Ya has oído.

—¿Qué pared?

—Esa misma.

Apoyó las manos en ella, como si fueran a golpearle otra vez. Estaba cerca de la lámpara.

Pensó lanzarla contra el enemigo que seguía a su espalda, tratando de sorprenderle. Luego quizá con un par de ganchos bien dados en plena cara… Tensó todos los músculos para actuar.

Pero no llegó a tiempo, porque el otro ya tenía bien estudiado lo que había de hacer. Bruscamente bajó la mano con la que empuñaba la pistola.

El culatazo hizo estremecer a Flynn. Éste notó enseguida como si una corriente helada pasara por su columna vertebral.

Tenía la cabeza dura, pero quizá no tanto…

Y se desplomó silenciosamente. Fue a caer sobre las piernas de Licia, que se había vuelto a sentar. Una caída más que sugestiva.

Lástima que él ya no se daba cuenta.

CAPÍTULO X

A las tres de la madrugada nadie circulaba por el interminable puente sobre la Golden Gate, uno de los mayores del mundo. En San Francisco, pese a ser una ciudad bulliciosa, las diversiones suelen terminar antes que en muchas ciudades de Europa. El silencio era casi irreal, era metálico. Sólo el coche que circulaba a moderada velocidad rompía aquella especie de éxtasis.

Abajo, las aguas de la bahía brillaban quietamente a la luz de la luna.

Era como una de esas postales que aparecen en los folletos de las agencias de turismo. La diferencia estaba en que, en este caso, el «turista» era un hombre que iba a morir.

El automóvil se acercaba a la mitad del puente. Disminuyó la velocidad.

No era un «Cobra», como la noche anterior. Ahora era un enorme «Continental» en el que iban cinco personas. Licia, el conductor, Forbes, un pistolero desconocido para Flynn, y el mismo Flynn.

Éste no iba atado, pero tenía dos pistolas clavadas en los riñones. Y sabía bien lo que iba a suceder, desde el momento en que enfilaron la recta del puente.

Forbes masculló:

—¿Puedo saber por qué me has buscado durante toda una semana?

—Quería hacerte unas preguntas.

—¿Sobre qué?

—Sobre un hombre llamado Howard.

Forbes parpadeó.

—No recuerdo a ningún Howard.

—Hace unos años era importante en San Francisco. Se le oía nombrar.

—Pues no lo recuerdo… No, no lo recuerdo de ningún modo. Y sospecho que lo que tú querías era preguntarme sobre Burkley.

—Estás metido en su mejunje, ¿verdad? Formas parte de su grupo.

Forbes rió.

—¿De qué sirve negarlo ahora?

El coche iba disminuyendo su velocidad.

Habían apagado las luces.

Tenían una zona de penumbra delante y una zona de penumbra detrás. La niebla rodeaba el puente casi por entero. Era como si estuviesen colgados en otro mundo, entre dos planetas remotos.

Flynn se daba cuenta de lo que todo aquello significaba. Y también se daba cuenta, con una lucidez perfecta, de que seguramente estaba viviendo los últimos segundos de su existencia.

El «Continental» se detuvo del todo.

No se oía nada. Ni una respiración. Ni los rumores de la bahía que estaba muchos pies más abajo.

De pronto aquella quietud fue rota por la risa de Licia.

Era una risa sensual, caliente.

Se volvió del todo, para mirar a Flynn desde el asiento delantero.

—Aunque sepas nadar te valdrá de poco, muchacho. Ya sabes lo que pensamos hacer contigo, ¿no?

—Lo imagino.

—Hay mucha altura de aquí hasta el agua. Tu cuerpo se hará pedazos.

—Si cayera bien, no.

—Es que no caerás bien.

Rió otra vez, mientras miraba a los dos hombres que estaban uno a cada lado de Flynn.

—Estos dos amigos te ablandarán definitivamente la cabeza —dijo—. Cuando caigas, no te darás ni cuenta. Eso significa que no podrás elegir la posturita para entrar en el agua, muchacho.

Crispó los dedos.

—Sacadle de aquí.

Flynn no tenía armas. No tenía más que sus puños, y eso era bien poca cosa. Vio que una de las portezuelas se abría.

—Fuera.

Forbes le dejaba sitio. Había salido él antes, empuñando la pistola.

Flynn obedeció. Se notó envuelto por la niebla apenas poner los pies en el puente. Una serie de sonidos llegaron hasta él: sirenas lejanas, rumores de la gran ciudad… Era como una despedida, como un último adiós. Dentro de unos instantes estarían deshecho en las aguas de la gran bahía.

—De espaldas.

Él obedeció también.

Veía titilar estrellas, miles de estrellas en la noche.

Era el fin…

Los dos hombres se habían situado a su espalda. Los dos habían alzado las culatas a la vez, mientras Licia Bol lo miraba todo con expresión complacida.

Flynn la vigilaba a ella con el rabillo del ojo.

Estaba atento a su señal. Seguro que la notaría.

Y en efecto, le vio hacer un leve signo afirmativo. Era ése el momento en que las culatas tenían que abatirse sobre su cabeza.

En el segundo exacto él se inclinó hacia adelante, tocando casi con su cabeza la alta baranda del puente.

Los dos culatazos se desplomaron sobre su espalda. Le produjeron un vivo dolor, pero no le hicieron perder el conocimiento, sino todo lo contrario.

Los dos hombres lanzaron al unísono una maldición.

La maldición se repitió al volverse Flynn de pronto, embistiendo contra uno de ellos con la fuerza de un toro. Se oyó una especie de ronquido.

La embestida había alcanzado a Forbes en mitad del estómago. La sorpresa fue más contundente que el dolor. Soltó la pistola, mientras se encogía aparatosamente.

Le habían dado orden de no hacer ruido, pero las cosas se estaban complicando.

El puntapié que recibió en la mano derecha le hizo tener la sensación de que soñaba. ¿De dónde había sacado aquel tipo tanta agilidad? ¿No le habían dicho que era un muerto de hambre al que se liquidaría fácilmente? ¿Quién le había enseñado aquel modo de pelear?

Lanzó un rugido, mientras su pistola también volaba por los

aires.

Pero ésta no cayó al suelo. Ésta voló por encima de la baranda y fue a hundirse en las negras aguas de la bahía, muchos pies más abajo.

Licia y el conductor también creían estar soñando.

Ahora Flynn, que aparentemente iba a ser una víctima fácil, contaba con una pistola, pues acababa de recoger la de Forbes. Éste se retorcía en el suelo aún, sin acertar a comprender lo sucedido.

Licia gritó al conductor:

—¡Huye! ¡Ellos se las compondrán!

Al fin y al cabo seguían siendo dos contra uno. Podrían acabar con Flynn si eran un poco listos.

Forbes fue el primero en atacar. Trató de saltar con los pies por delante.

Flynn esquivó. Forbes resbaló sobre las planchas húmedas del puente, mientras lanzaba una salvaje imprecación. Dio una vuelta completa de campana y chocó contra la barandilla.

Hasta entonces no se había producido ningún disparo, por lo que nadie, desde los extremos del puente, se enteraba de la pelea. Tampoco pasaba ningún coche en ese momento.

El compinche de Forbes huyó a toda velocidad, en dirección opuesta a la del coche. Era un matón para víctimas fáciles, no un hombre de temple. Forbes quedó solo.

Por sus ojos pasó como una llamarada de terror. Pensó que Flynn quería acribillarle y que él no podía evitarlo de ningún modo.

Tomó entonces una decisión extraña. Una decisión casi suicida, que Flynn no esperaba de ningún modo.

¡Saltó sobre la barandilla! ¡Se lanzó a las aguas de la bahía desde aquella altura infernal!

Flynn ahogó un grito.

Mientras tanto el automóvil con Licia y su compinche se iban perdiendo de vista. Ya no podía hacer nada para evitar su huida.

Y seguía el mismo silencio. Nadie se había enterado de lo que pasaba allí.

Flynn pensó que Forbes debía ocultar algo muy importante. Que no se habría arriesgado a aquella maniobra suicida sólo por huir.

Y él también tomó la misma decisión. Había sido campeón universitario de saltos, no demasiados años antes. Era un salto

infernal, pero algo parecido realizan unos muchachuelos, en Acapulco, sobre unos acantilados, y no se matan.

Todo consiste en saber caer, y Flynn confiaba en que él sabría lo suficiente.

Aspiró aire intensamente.

¡Y saltó!

Le pareció que el mundo entero daba vueltas en torno suyo. Que algo quemaba sus pulmones.

El puente de San Francisco es tan alto que incluso algunos aviones pasan por debajo de él. Flynn tuvo la sensación de que aquella caída no iba a terminar nunca.

Se tapó fuertemente la nariz cuando notó que iba a entrar en las negras aguas.

La sensación de hundimiento, de oscuridad, fue total. Le pareció como si penetrara en las entrañas de la tierra. A pesar de la maestría del salto, sintió que sus huesos iban cada uno por un lado distinto de su cuerpo.

Pronto el hundimiento cesó.

El aire que llenaba sus pulmones hizo de bomba impulsora. Su cuerpo fue ascendiendo.

Pero los pulmones de Flynn estaban a punto de estallar cuando llegó a la superficie.

No podía más.

Abrió la boca, respirando ansiosamente. Le parecía que su cerebro era una masa neutra, una masa de algodón. Al cabo de unos instantes se recuperó y ya fue capaz de nadar poco a poco y ya fue capaz de dar unas brazadas lentamente.

Arriba, a una altura inmensa, pasaban por el puente algunos coches, con los faros encendidos.

Sus ocupantes no sospechaban ni remotamente lo que ocurría abajo.

Flynn vio el bulto que formaba el cuerpo de Forbes. Había caído a no demasiada distancia. Forbes también le había visto y nadó hacia él, con un vigor insospechado.

Dentro del agua se movía mejor que en tierra. Era un nadador consumado.

Y había algo más.

Entre sus dientes brillaba un cuchillo de mango corto, que en

aquella clase de lucha podía resultar un arma terrible.

Forbes se sumergió.

Llevaba unos instantes más en el agua, respirando normalmente, y estaba tal vez más entero que su enemigo. Éste comprendió que si le asestaban una cuchillada por debajo del agua estaba perdido. Necesitaba sumergirse también.

Bajo la superficie no se veía nada. Forbes pudo haber caído sobre él con relativa facilidad.

Pero curiosamente fue su propia arma lo que le perdió. La hoja de acero despidió entre el líquido un lábil brillo. Flynn pudo ver por dónde se acercaba su adversario.

Hizo una finta.

Forbes pasó junto a él, llevando el cuchillo por delante. El febril movimiento de zigzag que le imprimió resultó inútil.

Flynn se movió a continuación.

Ahora tenía a su enemigo de espaldas y momentáneamente desorientado. Era su momento y lo aprovechó.

Atenazó a Forbes por detrás.

Éste lanzó un rugido que le hizo perder el aire de sus pulmones. Fue el peor error que podía cometer. De pronto le pareció como si algo estallara dentro de él.

Flynn tiró de él.

Intentó sacarlo a la superficie.

Con un último y febril movimiento, Forbes intentó llevar hacia atrás la hoja de acero. Flynn le sujetó la mano y la desvió en el último instante.

La punta desgarró el cuello de Forbes. Éste rugió de nuevo. Las aguas, en torno suyo se hicieron más espesas.

El cuchillo salió despedido de su mano derecha Se hundió en la oscuridad poco a poco.

Flynn se zambulló aún más. Sujetó a su enemigo por uno de los pies y notó que apenas se movía Forbes estaba tragando agua y perdiendo sangre ambas cosas convulsamente.

Salió a la superficie y nadó, arrastrando a su inesperada víctima. Forbes no ofrecía ninguna clase de resistencia.

Le pareció que la orilla estaba al otro lado de mundo, y en efecto algo así ocurría. Sólo un nadador de primera hubiese llegado hasta el otro lado en aquellas circunstancias, y arrastrando un bulto que

parecía pesar cada vez más. Cuando por fin alcanzó uno de los embarcaderos solitarios, a Flynn le parecía que sus músculos se habían convertido en plomo.

Sus pulmones ardían.

Estaba al borde del desvanecimiento total.

Necesitó pasar más de quince minutos sobre las tablas, respirando difícilmente, hasta que poco a poco se fue sintiendo más recuperado.

Miró entonces el cadáver de Forbes.

Porque no había hecho más que arrastrar un cadáver todo el tiempo. Después de la cuchillada en el cuello, se había ido desangrando entre las aguas de la bahía.

Lo registró concienzudamente. Tenía que encontrar la razón de que Forbes hubiese tenido tanto interés en huir, incluso dando el salto más brutal y peligroso de su vida.

Pero no llevaba nada de especial interés. Nada excepto un pequeño papel doblado y ya casi ilegible a causa del agua, en el cual solamente había estas palabras:

«EL CERRO» SANTA CATALINA

Flynn guardó pensativamente aquel pedazo de papel. Luego empujó con el pie el cuerpo de Forbes, hasta hundirlo de nuevo en el agua.

Aparecería quizá dos días más tarde, en alta mar. Y dos días era todo lo que él necesitaba para llegar hasta el fin.

Para llegar hasta un fin donde ahora sabía que sólo iba a encontrar la muerte.

CAPÍTULO XI

Desde Cerro Vicente hasta la isla de Santa Catalina hay una serie de barquitos que hacen uno de los trayectos más habituales —y deseados—, del sur de California. Porque no hay súbdito del Tío Sam que no espere ir de vacaciones a Santa Catalina al menos una vez, como no hay súbdita del Tío Sam que no espere casarse con el hijo del jefe y que éste la lleve en viaje de bodas a las cataratas del Niágara.

El hombre que subió a uno de aquellos barquitos, justo en Cerro Vicente, era de los que suelen llamar la atención de las mujeres. Sobre todo de las mujeres que ya tienen una cierta experiencia.

Flynn llevaba un traje claro y ligero, unas gafas oscuras y una camisa impecable. Todo eso lo había conseguido telefoneando desde su despacho, al que había llegado hecho un asco. Y menos mal que era de noche, por lo que nadie le vio.

Naturalmente, de San Francisco a Cerro Vicente, en Los Ángeles, hay una distancia más que respetable. Pero también hay unos aviones más que respetables que la hacen escasamente en dos horas.

Como siempre, Flynn tenía una expresión hermética, impenetrable.

No vio a ningún sospechoso en el pequeño buque lleno de turistas y de felices propietarios que tenían fincas en Santa Catalina, una isla tropical a las mismas puertas de Los Ángeles. Nada que le llamara la atención. Todo normal, corriente e incluso un poco aburrido.

Pero uno de los pasajeros sí que le había visto a él.

Era un pasajero de edad indescifrable que, desde la cubierta inferior comunicaba con tierra por medio de un simple *walkie*-talkie de onda mejorada. Hablaba en clave, empleando muchas palabras del viejo idioma sioux. Si algún pasajero llegó a oírle, debió parecerle un tipo muy divertido.

Y el diálogo fue más divertido aún. Sobre todo para Flynn, que no se enteraba.

—Él está aquí.

La otra voz llegó inmediatamente.

—¿Seguro?

—Seguro. Es él. Corresponde exactamente a la descripción que me habéis hecho.

—¿Cómo viste?

—Traje blanco ligero, zapatos negros, camisa blanca y corbata gris plomo. No lleva sombrero, pero se cubre los ojos con unas gafas oscuras. Lo reconoceréis enseguida.

—¿Y Forbes? ¿No ha aparecido?

—No.

—¿Seguro?

—¡Diablos! ¿Cómo no voy a estarlo?

—Entonces la cosa está clara —dijo la voz—. Ese sujeto logró salvarse en el Golden Gate. Mató a Forbes y su cadáver aparecerá hoy o quizá mañana. Y además debió encontrar la dirección que Forbes llevaba. Por eso está aquí.

—Seguro…

—Síguelo. No lo pierdas de vista. Nosotros lo recibiremos en el desembarcadero.

—Bien. Corto.

Se produjo un leve chasquido.

La comunicación quedó interrumpida.

El hombre de edad indescifrable guardó el *walkie*-talkie, encendió un cigarrillo y subió tranquilamente a la cubierta superior, bañada por un magnífico sol, y donde estaba Flynn.

Éste había encendido un cigarrillo también.

Ni remotamente sospechó que ya le estuvieran aguardando.

Mirando las costas verdes y ubérrimas de Santa Catalina, donde no había estado nunca, suspiró:

—Encantadora isla…

La manada de turistas y de propietarios iba descendiendo. A buena parte de ellos ya les aguardaban rutilantes coches, la mayoría descapotables. El color rojo sangre destacaba entre los blancos marfil y los grises acerados. Todos eran últimos modelos, acabados

de salir de la cadena de montaje, como solo los propietarios de Santa Catalina, que suelen cambiar de coche cada seis meses, se pueden permitir.

Pero Flynn no tenía ningún coche alquilado ni de propiedad. A él no le esperaba nadie —o al menos eso suponía—, y por eso aguardó a que todos hubieran salido, examinando el ambiente desde lo alto del puente superior, con otro cigarrillo colgando de sus labios.

Sus ojos acerados lo recorrieron todo.

Todos los detalles, todos los rostros.

Y no hubo una sola persona que la llamara la atención. Bueno, eso no es exacto. Hubo una persona que le llamó realmente la atención, pero fue por otra cosa.

Por guapa.

Aquella chica que estaba de pie en el embarcadero, vistiendo un uniforme muy parecido al de una azafata de una compañía aérea, era imposible que pasara inadvertida en ningún sitio. Tenía no sólo unas piernas maravillosas —que la falda cortita se ocupaba de «airear»—, sino unas caderas redondas y amplias, como las de una diosa griega, un pecho erguido y juvenil, un cuello esbelto y un rostro que hubiera podido servir para anunciar cualquier marca de maquillaje, aunque la chica no iba maquillada, ni mucho menos.

Llevaba unos folletos turísticos bajo el brazo, que entregaba a los que iban desembarcando. Todos los hombres apresaban aquellos folletos con avidez, pero por sus miradas se notaba que hubieran querido apresar otra cosa.

Flynn descendió.

La chica se acercó a él.

—Una lista de todos los «*night-club*» de Santa Catalina —señor. Sírvase.

Le tendió un folleto. El joven lo tomó.

—Gracias.

—¿Viaja solo, señor?

—Pues… pues sí.

—¿Tiene alojamiento?

Flynn la miró con curiosidad.

En sus labios —y en los de la chica también—, flotaba una sonrisa amistosa.

—Se encarga usted de muchas cosas, señorita.

—Represento al consorcio de hoteleros de la zona. Nuestra pretensión es que todos los que visitan Santa Catalina se sientan bien aquí. Y que se queden muchos días.

—Es posible que yo me quede algunos —reconoció Flynn.

—En ese caso necesitará alojamiento. Repito; ¿lo tiene va?

—No.

—Yo puedo proporcionárselo. ¿Qué clase de hotel prefiere? No estamos aún en plena temporada y se puede elegir.

—Busco en realidad un lugar muy concreto. Quizá pueda orientarme.

—¿Un lugar de la isla? ¿Cómo se llama?

—Él Cerro.

Los ojos de la hermosa muchacha parpadearon un momento.

—Eso no es un hotel. Es una residencia privada.

—¿La conoce?

—¿Cómo no? Está en el mejor sitio de la isla. ¿Quiere usted ir directamente allí?

—Si fuera posible…

—Claro que lo es. Pero si alquila un coche tardará varias horas. Hay que ir de un lado a otro, —atravesando las colinas. En cambio con una lancha llegará enseguida.

—¿Las hay?

—Claro que sí. Lanchas para alquilar… Las que quiera. Yo puedo proporcionarle una.

Flynn, que no conocía la isla, pensó que aquella encantadora muchacha podía ahorrarle muchas molestias.

De todos modos no quería abusar. Le dijo que podía componérselas él solo.

—¡Oh, no…! No me molesta de ningún modo. Precisamente hoy no tengo apenas trabajo. Ya ve…

De la muchacha se desprendía una especie de fragancia sensual, una sensación de vitalidad, de juventud, que embriagaba los sentidos. Y que obligaba a uno a pensar solamente en lo bonita que era.

Flynn susurró:

—De acuerdo. Se lo agradezco mucho.

—Aquella misma lancha está en alquiler. Tiene un buen motor.

Le gustará, seguro.

Un hombre alto y delgado, con aspecto de viejo lobo de mar, estaba en la plataforma, arrollando un cabo de cuerda. No le faltaba ni la pipa. La lancha tenía al parecer dos camarotes confortables, en los que se apreciaba una absoluta sensación de soledad.

La chica llegó hasta allí, saltando con maravillosa agilidad sobre las tablas, a pesar de sus zapatos de alto tacón.

El viejo lobo de mar la miraba con los ojos entrecerrados.

¿Qué pensaría aquel tipo? ¿Besarla? ¿Comérsela? ¿Apresarla y hacerla servir en su barco como mascarón de proa?

Ella murmuró:

—Señor Raynol, ¿podría usted ir enseguida hasta El Cerro siguiendo la línea de la costa?

—Claro…

—Es posible que no me quede allí —dijo Flynn—. Es posible que me guste alguna de las playas contiguas.

—Usted sólo quiere ver El Cerro desde el mar, ¿no?

—Veo que me ha adivinado.

—Está bien, suba. Si le gusta mi lancha, le llevaré. Si no le gusta, no hay ningún compromiso.

Flynn saltó a la embarcación. Pensó que la gente de Santa Catalina era muy amable.

Hasta que sintió aquella cosa entre las costillas. Hasta que, al entrar en el saloncito que era el primer camarote, se dio cuenta de que las cosas empezaban a cambiar.

El «lobo» de mar no se había movido, porque seguía con su cuerda. La chica tampoco, porque seguía mirando cómo el viento agitaba su minifalda.

El que se había movido era el hombre que estaba allí, en el camarote, acechando. El que llevaba una «German Luger» de tiro ultrarrápido, cuyo cañón había hecho resbalar hasta la mismísima columna vertebral se Flynn.

—Quieto…

Flynn tragó saliva.

—¿Más quieto aún?

—Alza un poco las manos.

Una mano experta le cacheó. Era como la otra vez. Flynn se dio cuenta de que el marino y la muchacha tapaban la perspectiva, para

que nadie observase el menor detalle desde fuera.

Tragó saliva, y esa saliva le supo como si tragara un chorrito de ácido sulfúrico.

Había caído en la trampa.

La chica que representaba a una agencia. Los prospectos. La cara bonita. La minifalda y todo lo demás. Era una juerguecita que habían organizado en su honor y en la que él acababa de caer sin darse cuenta.

Sí, la gente de Santa Catalina era la mar de amable. Era de una amabilidad que le dejaba derretido a uno.

Musitó:

—¿Qué es esto? ¿Un atraco para quitarme el portamonedas? Pues lo siento, pero me parece que no llevo más allá de cien dólares…

El de la «German Luger» le ordenó:

—Siéntate ahí. Así, en este diván. Y estate quietecito.

Flynn obedeció, en parte porque no tenía otro remedio y en parte porque así podía ver mejor la situación.

Notó ahora que del segundo camarote acababa de salir otro hombre.

Éste también llevaba una «Luger». Y también le miraba con unos ojos bovinos y hostiles, como si pensara dónde iba a clavarle la primera bala.

La chica y el lobo de mar entraron. Fue como si, al entrar la chica, llegara con ella una corriente de aire fresco.

Aunque fuera una condenada zorra, la verdad era que resultaba bonita. La verdad era que daba gusto estar junto a ella.

—Arranque, Raynol.

El lobo de mar, el lobo de río o el lobo de bañera, lo que fuese, se dirigió hacia la cabina de mando e hizo funcionar el motor. Éste era un Diesel de gran potencia, que runruneó satisfecho como una máquina bien engrasada. El cabo que unía la lancha al embarcadero ya había sido desamarrado.

La lancha empezó a deslizarse, saliendo del pequeño puerto, entre yates pintados de blanco donde había señoras opulentas que miraban al cielo, tendidas en cubierta, y yates pitados de amarillo o negro, donde había tipos gordos que miraban a las señoras opulentas.

Nadie se daba cuenta de que allí sucedía algo anormal.

La vida de Santa Catalina discurría plácida y tranquila, como todos los días, como siempre en los ambientes plácidos del sur de California.

Mientras Raynol cuidaba del timón, los otros dos hombres se habían sentado junto a Flynn, sin dejar de apuntarle. La chica también se había sentado junto a ellos y miraba a Flynn después de cruzar las piernas.

Era endiabladamente bonita. Era como para perder el rumbo.

Pero Flynn ya lo había perdido, y suponía que esta vez para siempre.

Murmuró:

—¿Adónde me lleváis?

—Eso no te importa ahora.

—¿No puedo hacer preguntas?

—Las preguntas las hacemos nosotros.

—Vaya, hombre. Así da gusto…

El tipo que estaba justamente enfrente de él preguntó.

—Mataste a Forbes, ¿no?

—No tuve otro remedio.

—¿Para qué le buscabas? ¿Para sacarle la dirección de este lugar? ¿Para saber dónde estaba Burkley?

Flynn se mordió casi imperceptiblemente el labio inferior.

Cuerno… La cosa era más importante de lo que él suponía. En realidad ya lo había imaginado cuando encontró aquel papel sobre el cadáver pero ahora ya no podía tener la menor duda. Los Cerros era el lugar en que se ocultaba Burkley.

Eso significaba disponer de un secreto demasiado importante, demasiado pesado. No le dejarían que siguiera vivo con él.

El otro tipo siguió preguntando:

—Di; ¿querías saber la dirección de Burkley?

—La dirección de Burkley la he sabido de casualidad. Como quien dice de rebote.

—¿Pues qué buscabas?

—Os vais a reír si supierais para qué quería encontrarme con Forbes y hablar con él.

—¿Para qué? Si lo cuentas nos reiremos. Nos reiremos de verdad, muchacho.

—Quería hablar con él para preguntarle por un tal Howard.

—¿Y quién es Howard?

Flynn dijo lentamente:

—Mi padre.

Los dos hombres que le contemplaban echaron levemente sus cabezas hacia atrás. Por dentro de la embarcación pareció pasar como una corriente de sorpresa, como una corriente de aire frío. Incluso la muchacha descruzó las piernas y arqueó una ceja.

—¿Tu padre? ¿Es que no lo conoces? —preguntó uno de los dos hombres.

—Me abandonó cuando tenía cinco años. Nos abandonó a mi madre y a mí. Por lo visto constituíamos una carga demasiado pesada.

La chica le miró con creciente interés, lo cual indicaba quizá que no estaba perdida del todo. Una muchacha que quiere oír hablar de un niño abandonado, es porque no ha dejado aún que su corazón se seque.

Pero después de todo, ¿qué importaba eso ya?

Flynn continuó:

—Mi madre hubo de colocarme en un colegio gratuito que se parecía demasiado a un orfanato. Los guantazos corrían allí de un modo que daba gusto, en cuanto te desmandabas lo más mínimo. Ella se colocó a servir en casa de un hombre que entonces era muy joven, y que empezaba ya a hacer «carrera». Se trataba de un prometedor individuo llamado Burkley.

Los dos hombres que le apuntaban seguían mirándole fijamente.

Sus pistolas, que le apuntaban al corazón, no se habían desviado ni una centésima de pulgada.

—Sigue —dijo uno de ellos—. Ya salió Burkley, ¿eh? Hala, sigue.

—La historia es muy vulgar —dijo Flynn—. Tan vulgar que habrá gente a quien le dará risa. Al tal Burkley le gustó mi madre, que entonces era muy bonita. Ella no accedió. Creo que a consecuencia de eso recibió un par de palizas.

Arqueó una ceja, mientras en sus ojos aparecía una mirada lejana y nostálgica.

—En realidad luego no pasó nada —murmuró—. Quiero decir que no sucedió nada grave. O quizá sí que sucedió, según como se

mire. Mi madre tuvo que huir. Fue de un lado a otro del país, trabajando pesadamente para poder enviar dinero al colegio y mantenerse ella misma. No eran años fáciles, desde luego. Muchas industrias que trabajaron a ritmo acelerado durante la guerra mundial, habían cerrado. Aún no se había producido la «reactivación» de la guerra de Corea. La inseguridad y la angustia de no poder verme la hicieron enfermar. Al final Burkley dio con ella, supongo que por casualidad. Lo que ocurrió no lo he sabido nunca, aunque supongo que debió ser vergonzoso para mi madre, porque al poco tiempo ella murió. Ni siquiera sé dónde está su cadáver. *Oí* decir que Burkley la había hecho lanzar a una fosa común, como a un perro. Desde entonces he estado deseando hacer algo contra Burkley. No matarle precisamente, porque yo no soy de esos hombres que usan la pistola. Pero arruinarle. O hundirle. Hacer algo que le doliera toda su vida.

Unió sus manos, en un gesto reflexivo, y continuó:

—Por eso buscaba también a mi padre. Quería conocerlo, pues ya no lo recordaba. Saber de él. Decirle que le había perdonado. Eso ha llegado a ser, en los últimos años, una obsesión para mí.

—¿A qué te dedicas?

—Soy abogado en Boston.

—¿Y cómo estabas al otro lado del país, en la costa del Pacífico?

—La explicación es sencilla; lo último que supe de mi padre, aunque de una forma muy imprecisa, fue que se hallaba en San Francisco. Pero estaba tan vinculado a los bajos fondos que resultaba imposible encontrarlo sin penetrar mucho en ellos.

Por eso me establecí como detective privado, de los de más baja categoría. Eso, al mismo tiempo, me era útil, porque me daba un conocimiento del mundo que de otro modo no hubiera tenido. Cada semana hacía un viaje de ida y vuelta de un lado a otro del país. Al fin llegué a atar cabos y a saber que a mi padre lo conocía un tal Forbes. Por eso yo le buscaba. Pero no tenía ni idea de que Forbes fuera lugarteniente de Burkley.

Después de estas palabras guardó silencio.

Los dos hombres y la mujer le seguían mirando fijamente.

Al fin fue el que estaba enfrente suyo el que musitó:

—Puede que tu historia sea cierta, pero eso no cambia las cosas. Tú venías por Burkley.

—No lo niego.

—Es un juego demasiado peligroso. Un juego peligroso que has perdido, amigo. Se acabó el abogado de Boston y se acabó también el detective privado de San Francisco. No volverás a pisar tierra firme.

Flynn entrecerró un momento los ojos.

Había esperado aquello, pero una cosa es esperar la muerte y otra oír pronunciar la sentencia contra la que ya no cabe ningún remedio.

El silencio que se produjo en el interior de la lancha fue brutal, agobiante. No se oía ni el leve petardeo del motor.

Flynn miró aquella tierra verde, lujuriante, aquella tierra que ya no volvería a pisar nunca.

Y entonces se oyó bruscamente una voz:

—Eso no era lo convenido.

Todos miraron hacia el mismo sitio. Todos miraron hacia la muchacha, que era la que acababa de hablar.

Estaba muy pálida, pero la palidez la favorecía. Temblaban sus piernas, y eso hacía que la suave curva de la pantorrilla resultara más subyugante.

—Eso no era lo convenido —repitió.

—¿Qué te pasa, Judith?

—Me dijisteis que tenía que ayudar a capturar a este hombre. Pero no que fuerais a matarle.

—Ése no es asunto tuyo, Judith.

—¡Claro que es asunto mío! ¡Me prometisteis devolverme la libertad si os ayudaba en esto, sólo en esto! ¡Pero nadie habló de matar a nadie! ¡No quiero ser cómplice de un asesinato! ¡Cuando me raptasteis, junto a Silvia Lexington, a mí sólo me faltaban seis meses para salir a la calle!

Flynn la miró con más curiosidad aún. Y ahora no se fijó solamente en su belleza.

Ahora, de pronto, recordó. Recordó de una forma concreta lo que había oído por los boletines de la radio de su coche. En los boletines se había dicho que Silvia Lexington fue raptada junto con la joven reclusa que iba esposada a ella.

Flynn musitó:

—Entonces usted es Judith Lawrence.

—Sí.

—Y la han empleado para esto prometiéndole que luego la dejarían en libertad.

—Así es.

—¿Y no pensaron que la policía te busca? ¿Qué el exhibirte en un lugar tan público era una imprudencia que podía echarle todo a rodar?

No contestó ella. Fue uno de los dos hombres el que habló esta vez.

—Lo que ocurre siempre es que la policía busca en los lugares ocultos, no en los lugares donde se exhibe la gente. Nosotros sabíamos que no hay ninguna vigilancia aquí. Por lo demás, la cosa tenía que durar sólo unos cinco minutos. Y ha durado exactamente seis y medio.

—No es demasiado riesgo —reconoció Flynn.

—¡Pero eso no era lo convenido! —volvió a chillar Judith—. ¡Vosotros no vais a matar a este hombre! ¡No vais a matarle…!

—¡Calla!

—¡No vais a…!

La muchacha se había puesto en pie. Intentaba lanzarse sobre uno de los dos *gangsters*.

Se oyó una seca, una brusca bofetada. La muchacha cayó al suelo. La mitad de su cara estaba roja, la otra mitad blanca.

Los dientes de Flynn rechinaron.

Con voz ronca masculló:

—Pagaréis esto, perros. Juro que lo pagaréis.

—Nosotros quizá lo paguemos, pero a ti ya no te va a quedar tiempo para pasar la factura.

—¿Eso creéis?

—Puedes estar seguro. Ha llegado tu último momento, muchacho. Se acabó la doble vida.

Flynn volvió a tragar saliva otra vez.

¿Qué iban a hacer? ¿Disparar contra él y arrojarle al agua? ¿O atarle un ancla a los pies y hundirle, sin gastar una bala?

Por el momento era imposible saberlo.

Lo cierto era que la lancha se había detenido a cierta distancia de la costa. Por aquel lado, además, no había ninguna casa en tierra. Debían permanecer invisibles para todo el mundo.

Vio que se aproximaban a otra lancha.

Ésta era vieja y destartalada. Parecía ir al garete, pero en realidad estaba anclada en las aguas no demasiado profundas. Por las inmediaciones de la línea de flotación se veían algunos crustáceos, señal evidente de lo descuidada que estaba. Por otra parte, no debía haber recibido una capa de pintura desde que Washington fue proclamado presidente de los Estados Unidos.

Llegaron hasta ella. Los dos hombres de las «Luger» se pusieron en pie. Seguían apuntándole con firmeza, sin desviar sus armas una centésima de pulgada.

—Tú… —masculló uno de ellos.

—¿Qué es esto? ¿Final de trayecto?

—¿No adivinas qué es esto?

—Con franqueza, no.

—Esta lancha está muy controlada. Su dueño ha sido sancionado tres veces por pescar con dinamita. Se supone que siempre lleva explosivos bajo cubierta, y es verdad. Al tipo, por una serie de razones que nada tienen que ver con la pesca, le interesaba salir del país. Le hemos facilitado un pasaporte falso y dinero suficiente para llegar a la Baja California, o sea a tierra mejicana. A cambio, nos ha dejado la barca y los explosivos. Qué amable ¿verdad?

Flynn sintió que se le helaba la sangre en sus venas.

Y eso que no hacía frío.

—El resto es fácil de imaginar —susurró—. Tan fácil de imaginar que hasta da pena. La lancha estallará, las patrullas navales encontrarán un cadáver hecho cisco y dirán: «Ese viejo buitre cometió un error al colocar una mecha». Y el asunto se archivará. ¿No es así?

Uno de los *gangster* rió.

—¡Qué inteligente resultas, muchacho! Con gente como tú, da gusto.

—Pero olvidáis algunos detalles. Por ejemplo mi reloj y mis zapatos. Aparecerán sus restos. Y es evidente que un pescador no llevaría unos objetos tan finos.

—No los olvidamos, muchacho. Puedes creer que los hemos tenido muy en cuenta. Iba a decirte que te descalzarás y te quitarás el reloj, pero tú te has adelantado.

Flynn empezó a desabrocharse los zapatos.

Lo hacía lentamente.

Con todo aquello no había querido más que ganar tiempo, pero se daba cuenta, con horror, de que ese tiempo se iba extinguiendo minuto a minuto.

Sus posibilidades eran cada vez menores. No sabía qué hacer.

Judith lloraba silenciosamente, desesperada, sin saber tampoco qué podía hacer.

Flynn arrojó sus zapatos al agua.

Y su reloj.

Al menos los zapatos flotarían. Eran una pista de la que los otros no se habían dado cuenta.

Claro que, ¿alguien iba a descubrir aquello? ¿Alguien se molestaría en vengarle?

—Vuélvete.

Le ataron las manos a la espalda. Luego los pies. Estaba convertido en un verdadero fardo.

Desesperadamente, mientras hacían aquello, Flynn había tratado de buscar una oportunidad, pero esa oportunidad no se produjo. Mientras uno le ataba, el otro seguía apuntándole con la «Luger». Lo único que hubiera conseguido, al moverse, hubiese sido adelantar su muerte.

—Y ahora… ¡abajo!

Lo sujetaron uno por los hombros y otro por los pies.

Lo lanzaron por los aires y fue a caer sobre la vieja lancha, cuyas bodegas debían estar repletas de cartuchos de dinamita.

Flynn sudaba, pero su sudor era helado. Se daba cuenta de que aquello era el fin. Su cerebro trabajaba a una presión de cien atmósferas, pero eso no iba a servirle de nada.

El mecanismo de explosión, por lo que acababa de ver, era también muy sencillo. Una larga cuerda salía de la bodega de la vieja lancha. Los de la lancha nueva no tenían más que sujetarla e irse alejando. Como era muy larga, no la tensarían hasta unas doscientas yardas de distancia.

Al tensarse, movería sin duda el resorte que empujaba el fulminante contra la carga.

¡Y él no podía moverse!

¡Sólo le quedaba esperar el momento fatal!

Oía las súplicas de Judith Lawrence, quien pedía que no le

matasen. Oía también el zumbido del motor de la lancha al alejarse. Todo aquello le producía una sensación de terrible irrealidad, como si no fuera él quien estaba viviendo la escena.

La cuerda emergía poco a poco del agua.

Pronto empezaría a tensarse.

Flynn sentía el sudor helado bañando sus facciones y llegando hasta su boca.

Pero no moriría sin luchar. No echaría su último suspiro sin dar antes a aquellos tipos un poco de trabajo.

Había llegado hasta la borda, arrastrándose, y se dejó caer por ella al agua.

Intencionadamente había elegido para caer un sitio que estaba muy cerca de la cuerda.

Desde la otra lancha lo vieron, pero no dieron importancia a aquello. Más bien les resultó divertido, con esa crueldad de los cazadores que veían la desesperada lucha del zorro por escabullirse. Estaba claro que Flynn, atado de pies y manos, no podría nadar ni por tanto alejarse de los explosivos. Lo más que conseguiría, y eso con apuros, sería mantenerse a flote.

Uno de ellos gritó:

—¡Míralo! ¡Quiere morir en el agua!

—¡Es igual! ¡Quedará hecho pedazos de todos modos!

Flynn, antes de quedar convertido en pedazos, quiso hacer algo más. Y con sus dientes apretó la cuerda que estaba unida al fulminante.

La mordió desesperadamente, tratando de romperla.

Pero no podría. Era demasiado gruesa.

Además, se iba tensando.

Él la retuvo con todas sus fuerzas, tirando de ella con los dientes, para que junto a la vieja lancha aún siguiera flácida. Para que no llegara a tirar del resorte.

El cuello le dolía espantosamente, pero la cuerda iba tirando de él. Lo arrastraba.

Era una lucha estéril, desesperada e inútil.

Judith Lawrence, en la otra embarcación, había tratado de saltar sobre los motores para detenerlos. Y ahora los dos individuos la estaban golpeando.

Flynn no podía más.

Estuvo a punto de soltar la cuerda para al menos morir con los dientes enteros.

Pero aún, desesperadamente, con bruscas sacudidas de su cuerpo, trataba de nadar en dirección contraria, empujando la cuerda con los dientes, para que no llegara a tensarse del todo.

Uno de los dos gangsters masculló:

—¿Pero qué pasa? ¿No ha estallado aún? ¡Acelera, Raynol!

El lobo de mar se dispuso a dar más gas. La cuerda resbalaba materialmente entre los dientes de Flynn, que por fortuna eran fuertes y sanos como los de un tigre.

Vio entonces que una parte considerable del cáñamo ya estaba bastante debilitada. Había mordido con tanta desesperación que la cuerda estaba reducida prácticamente a la mitad. De todos modos hubiera resistido perfectamente si la lancha llega a tirar de ella con una fuerza uniforme.

Pero no fue así. El tirón fue demasiado brusco. Flynn tuvo la sensación de que le rompían el cuello.

¡Y la cuerda se partió!

¡La lancha siguió su camino, arrastrando únicamente un cabo!

Fue Raynol el que se dio cuenta. Lanzó una sorda imprecación.

—¡Eh, vosotros!

—¿Qué pasa?

—¡Menos pegar y menos sobar a la chica! ¡Ese tipo ha mordido la cuerda y la ha roto!

La imprecación se repitió.

—¡Muy bien! ¡Si quiere divertirse tendrá diversión! ¡Vuelve hacia allí, Raynol!

—¿Qué vais a hacer?

—Lo mataremos a tiros y luego provocaremos la explosión igualmente. Colocaremos una mecha larga que vaya directamente a la dinamita.

—Un trabajo suplementario, ¿eh?

—Lo haré con mucho gusto, con tal de matar a ese perro.

La lancha dibujó una rápida curva y volvió.

Flynn apenas sacaba la cabeza del agua. La vio venir a buena velocidad.

Con todas sus fuerzas gritó:

—¡Salta! ¡Salta, Judith! ¡Salta, infiernos!

Ella no perdió la oportunidad que le ofrecía el hecho de que los dos gangsters estuvieran ahora mirando hacia la vieja lancha, sin ocuparse más de golpearla.

Todo su ágil y joven cuerpo se tensó. Describió un arco perfecto por encima de la borda.

Segundos después se había hundido en el azul purísimo de las aguas.

Uno de los dos hombres fue a disparar hacia ella.

—¡Espera! —gritó el otro—. ¡No llegará a la costa! ¡Primero vamos a ocuparnos de ese tipo!

—Tienes razón. No podrá nadar ni cien yardas. ¡Acelera, Raynol!

La lancha surcaba las aguas velozmente. Se iba acercando a la otra a gran velocidad.

Flynn cargó sus pulmones de aire todo lo que pudo y se introdujo entre las aguas.

Pero volvía a llevar el cabo de cuerda sujeto entre los dientes. Y ahora con un objeto muy distinto del anterior.

Nadó por debajo de la superficie, valiéndose de bruscas y agotadoras flexiones de su cuerpo. Mientras tanto iba arrastrando la cuerda y haciendo que ésta se tensara.

La lancha llegó junto al viejo cascarón. Incluso le dio un pequeño golpe antes de detenerse. Los dos hombres, con las pistolas preparadas, miraron hacia las aguas.

—¿Pero dónde está ese loco?

—Ha hecho lo único que podía hacer; meterse debajo del agua.

—Pues poco le va durar la juerga. O se ahoga él mismo o le matamos a tiros. Tú, mira por el otro lado.

Cada uno vigilaba una borda.

No se veía ni rastro de Flynn, pero era evidente que tendría que reaparecer muy pronto. Y en cuanto apareciese… Los dos sentían ya que sus deseos temblaban sobre los gatillos.

—Oye…

—¿Qué hay?

—Habrá que liquidar también a Judith, ¿no? Después de lo que ha ocurrido…

—Creo que es indispensable. El jefe lo comprenderá muy bien, en cuanto se lo contemos…

El primero lanzó una carcajada.

—Pues no hay mal que por bien no venga, ¿eh? ¿Comprendes?

La carcajada se repitió.

—¡Claro que sí! ¡Nos ha dado trabajo, pero a cambio podremos divertirnos un poco antes de liquidarla! ¡Mojada y todo, estará apetitosa! ¡Además, nunca he besado a una chica pasada por agua!

Ahora reían los dos.

Lo estaban pasando en grande.

Pero aquel maldito Flynn no aparecía. ¿Cómo era posible que aguantase tanto? ¿Qué hacía?

De pronto el que estaba a estribor vio la cuerda tensa.

Lanzó una especie de rugido. Se dio cuenta de lo que ocurría. Sus ojos se desorbitaron.

—¡Cuidado!

Era demasiado tarde. Demasiado tarde incluso para lanzarse al agua. Lo único que intentó hacer, guiado por la desesperación, fue tratar de segar la cuerda con un par de balazos.

No tuvo suficiente puntería. Su nerviosismo y su angustia tampoco se lo hubieran permitido. Las dos detonaciones se confundieron con el fragoroso estruendo de la dinamita.

Las dos lanchas velaron por los aires a la vez.

Apenas llegó a oírse un triple grito de agonía, que enseguida fue ahogado por otra nueva explosión.

Flynn emergió.

Mejor dicho, fue lanzado. Le pareció que el mar se había transformado en una inmensa coctelera, dentro de la cual estaba él. Algo le sacudió arriba y abajo, arriba y abajo. Cuando respiraba desesperadamente, una fuerza ciega le volvió a empujar hacia el fondo del líquido. Tragó agua, Y cuando volvió a salir se dio cuenta de que escupía sangre.

La lancha de sus enemigos le había protegido en gran parte de la explosión, evitando que ésta le alcanzase de lleno. Además estaba ya a unas veinte yardas de distancia cuando el pequeño cataclismo se produjo.

Pero la onda expansiva había sido de efectos terribles para él. No oía absolutamente nada. Seguía escupiendo sangre, y lo peor era que las fuerzas le fallaban por completo.

Atado como estaba, ya le era imposible sostenerse a flote.

Él mismo se daba cuenta de que se había convertido en un

guiñapo. Y pensó irónicamente en lo triste que iba a ser morir ahora, sencillamente ahogado, cuando ya habían sido despedazados sus tres enemigos.

Notó que se hundía.

La sensación de aislamiento era absoluta, pues no oía nada. Era como si sus tímpanos se hubieran roto.

Por eso no oyó los gritos que lanzaba Judith, mientras nadaba hacia él, pidiéndole que se mantuviera a flote. Pero pudo verla. Vio su cuerpo casi brincando sobre las aguas, como el de un delfín.

Aquello le dio nuevas fuerzas.

Necesitaba aguantar un poco más, muy poco más…

Cuando se hundía de nuevo, la muchacha llegó junto a él. Estaba jadeante, pero pudo sostenerle.

De todos modos era evidente que no podría arrastrarla hasta la playa. Ésta se hallaba demasiado lejos. Se ahogarían los dos.

Lo que hizo la muchacha, mientras la falda subía hasta su cabeza, fue ir recobrando aliento poco a poco, en tanto Flynn lo hacía también.

Al fin jadeó:

—Las cuerdas…

Flynn sólo captó el movimiento de sus labios. Hizo un gesto indicando que no la oía.

Ella lo comprendió. Con las manos le indicó que tratara de mantenerse a flote por sus propios medios. Luego se colocó tras él y le desató hábilmente las ligaduras que le sujetaban las muñecas. No fue sencillo, porque los nudos mojados resultaron muy difíciles de deshacer.

Volvió a indicarle por señas que se colocara horizontalmente, haciendo lo que vulgarmente se llama «el muerto».

Él obedeció. Sus pies sobresalieron del agua. Entonces Judith Lawrence pudo desatarlos fácilmente.

Le señaló la costa.

Flynn asintió.

Había comprendido. Y se sentía con fuerzas para nadar hasta allí, siempre que no tuvieran que darse demasiada prisa.

Por el momento no llegaba ninguna lancha patrullera.

Debía haberse oído la doble explosión desde todos los rincones de la isla, pero Santa Catalina no tiene apenas vigilancia, porque es

un lugar de millonarios Las lanchas patrulleras tendrían que llegar sin duda desde la demarcación de Los Ángeles, desde las cercanías de Santa Mónica. Ahora seguramente les estarían dando aviso.

Los dos nadaron uno junto a otro, favorecidos por el agua tranquila. Flynn se iba debilitando progresivamente otra vez, pero pudo llegar hasta unos acantilados y una pequeña playa pedregosa. Allí se tendieron los dos, ya sin fuerzas para continuar.

Durante cinco largos minutos sólo se preocuparon de respirar ansiosamente e ir recuperando el aliento. Pero Flynn notaba que iba oyendo el rumor manso de las olas. La conmoción cerebral sufrida a raíz de la explosión, desaparecía poco a poco.

Ya no escupía sangre.

Poco a poco recuperaba sus fuerzas e iba siendo otra vez dueño de sí mismo.

Alzó la cabeza.

Vio que Judith Lawrence se había sentado en la playa pedregosa. Parecía una sirena, tan magnífica, tan joven, tan llena de curvas incitantes. Había perdido sus zapatos en la travesía, y ahora se quitaba las medias. Lo hacía lentamente, sin mirarle, sin darse cuenta de que no estaba sola. Luego se quitó también la leve americana de azafata que tanto había dificultado sus movimientos mientras nadaba.

Se dio cuenta de que Flynn la miraba.

Y de pronto se bajó la falda.

—¿Puedes oírme ahora?

—No muy bien, pero… en fin, te oigo.

—No sé ni cómo has podido salir de aquello. La conmoción ha sido como para destrozar a cualquiera.

—¿Y cómo crees que estoy? Partido a pedazos; lo que ocurre es que no se nota.

Oyeron a lo lejos, muy lejos, unas sirenas. Las lanchas patrulleras se estaban acercando.

Ella musitó:

—¿Cómo te llamas? No recuerdo si lo han dicho.

—Flynn.

—Creo que debo darte las gracias, Flynn. Al menos me avisaste para que saltara…

—Y yo debo darte las gracias a ti. Los distrajiste en el momento

decisivo.

—Pero en el lío te metí yo…

—No pienses más en eso, Judith. Te obligaron. Para nosotros ya es cosa pasada.

Se tendió boca arriba, notando que ya se normalizaba por completo el ritmo de su respiración.

—Oye, Judith, hay algo que no te he preguntado antes porque me fallaban las fuerzas y lo único que pretendía ya era mantenerme a flote. ¿Pero por qué has querido nadar hasta aquí? ¿Por qué no hemos esperado, a las lanchas patrulleras?

Ella se mordió el labio inferior.

—¿No lo comprendes? —balbució.

—Cierto, ya sé… Eres una fugitiva, pero lo eres a la fuerza. Y yo siempre podía declarar que me ayudaste.

—Si hubieras vivido en mi mundo sabrías que hay algo que no puede hacerse nunca.

—¿El qué?

—Confiar en la policía. Creer que a una la van a recibir con los brazos abiertos.

—¿Y por qué no?

—Por lo pronto hay un hecho cierto; yo he sido cómplice de esos tipos. El nuevo proceso no me lo quitaba nadie… aunque luego saliera absuelta. Y otro por fugarme… aunque luego saliera absuelta. Y otro por supuesta complicidad con Burkley… aunque luego saliera absuelta. Antes de todos esos juicios, además, debería estar en prisión preventiva. En resumen, más de un año… No… No haré eso. Ahora ya he probado otra vez el sabor de la libertad. Ahora solamente quiero huir.

Flynn no se lo discutió.

Aquélla era la actitud más imprudente de todas, pero en parte comprendía a la muchacha, y en parte se hacía cargo de que Judith estaba demasiado excitada para razonar.

—¿Por qué te encerraron? —musitó.

—Eso no tiene importancia. No he sido un angelito.

—¿Pero por qué?

—Le partí la cara a la encargada de la sección donde trabajaba.

—¿Y lo merecía?

—Lo estaba mereciendo desde hacía seis meses.

Flynn se incorporó un poco. Se apoyó en uno de sus codos.

—Bueno… Más valdrá que olvides todo eso. Pero me pregunto qué quieres hacer ahora.

—¿Y qué es lo que quieres hacer tú?

—Podría hacer dos cosas —dijo reflexivamente Flynn—. Una de ellas llamar la atención cómo fuera a esas lanchas patrulleras para que vengan hacia aquí, y decirles dónde se oculta Burkley. Otra cosa es ir yo solito a Los Cerros y acogotarlo.

Ella rió levemente.

Tenía una risa sensual, pero al mismo tiempo triste.

—La segunda parte sería muy bonita —dijo—. Acabar tú solito con Burkley… O al menos entregarlo a la policía. Entregar también a esa loba de Silvia Lexington… Sí, todo muy bonito. Como en una película. Pero acabarías muerto antes de llegar a aquella casa. ¿Con qué armas cuentas?

—Con ninguna.

—Pues entonces, más divertido aún.

—Lo curioso es que he matado ya a unos cuantos hombres —musitó él—. Y lo he hecho sin armas.

—Pero no podrías acabar con Burkley.

—Tampoco lo pretendo.

—Entonces hagamos señas a los de las lanchas. Di dónde está Burkley y entrégame a mí.

—¿Entregarte?

—¿Y por qué no? —suspiró Judith.

—Porque tienes razón en lo que has dicho; te expones como mínimo a tres procesos, y sólo conque te condenen en uno tienes cárcel para cinco años. La perspectiva, no es muy agradable, que digamos. Y dudo que mi testimonio en favor tuyo sirviera de gran cosa, porque nadie sabe cómo me he metido en este lío ni por qué. A mí mismo se me podría acusar como agente de Burkley, un agente al que querían hacer un ajuste de cuentas porque se desmandó. Sí, eso sería exactamente lo que sucedería. Nos veríamos envueltos en un bonito lío los dos.

Apoyándose en el otro codo y dirigiendo al agua una mirada perdida, susurró:

—En cambio todo se arreglaría si tú y yo acabáramos con Burkley y su gente. Y si lo entregáramos a la policía.

La muchacha miraba al agua.

Pensaba que aquello era absurdo. Que era irrealizable. Que era un sueño, después de todo.

Flynn miraba al agua también.

Era absurdo, era irrealizable, era un sueño.

Pero las cosas absurdas, irrealizables y soñadas son las únicas que en la vida tenemos ganas de hacer.

Flynn musitó:

—¿Y por qué no?

Ella dijo al cabo de unos instantes:

—¿Y por qué no?

Flynn chascó dos dedos.

—¿Cómo te gustan las flores para tu tumba, muchacha?

—Rojas.

—¡Qué casualidad! Lo mismo que yo.

Ella rió, mostrando su doble hilera de fuertes y nacarados dientes.

—Entonces estamos de acuerdo. Cuando Burkley vaya a matarnos le pediremos flores rojas…

CAPÍTULO XII

Judith Lawrence tenía un importante factor a favor suyo en aquella operación, y era que sabía perfectamente dónde estaba situada Los Cerros y cuál era la composición de la finca.

Para llegar a ella había que atravesar la punta occidental de la isla de Santa Catalina, lo que representaba aproximadamente una hora de camino a través de unas colinas de vegetación lujuriante. No era demasiado, pero había un problema: no podían ir así, con las ropas mojadas. En Santa Catalina suele haber bastante gente, y podían tropezarse con alguien. Cualquiera que les viese en aquella situación, llamaría inmediatamente a la policía, cosa que querían evitar.

Había que procurarse, pues, ropa nueva. Y para ello se dirigieron a una de las casas que bordean la playa.

En la piscina, que era enorme y limpísima, había al menos veinticinco invitados, entre hombres y mujeres, que se bañaban, bailaban, se besaban y tomaban aperitivos cada vez más fuertes a la sombra de los porches estilo colonial. No cabía duda de que allí había ropas para elegir. Y los dos se deslizaron, entre la lujuriante vegetación tropical, a una de las entradas de servicio de la casa.

Nadie les vio, porque la servidumbre, formada por una legión de negros, no hacía más que preparar bebidas y cantidades ingentes de hielo. Un jardinero dormía la siesta a la sombra de un cerco de naranjos. Más allá, un muchacho y una muchacha se besaban. No se hubieran enterado de nada ni aun en el caso de estallar la tercera guerra mundial.

Los dos subieron por unas escaleras desiertas. Y entraron en uno de los dormitorios.

Había allí un enorme armario lleno de ropa. Ropa para elegir. Ropa para parar un tren.

Flynn murmuró:

—La verdad es que si me vieran algunos de mis clientes de Boston…

—Nunca te habías metido en un jaleo como éste, ¿verdad?

—Nunca. Y puedes estar segura de que no me volveré a meter en un lío parecido.

Eligieron cada uno un conjunto que se adecuaba muy bien a sus medidas. Se peinaron en el cuarto de baño adjunto al dormitorio y poco después habían cambiado por completo. Ya no parecían la pareja que había estado a punto de saltar por los aires; más bien daban la perfecta sensación de ser dos invitados más. Y era eso justamente lo que pretendían.

En la casa se oía abrir y cerrar de puertas; todo el mundo andaba por dónde quería. Aquélla era la clásica finca de recreo californiano, donde los invitados se convierten en dueños.

Flynn murmuró:

—Y ahora salgamos con naturalidad. Atravesaremos junto a la piscina.

Descendieron las escaleras y salieron a los porches. Durante el camino, dos o tres criados negros que llevaban bandejas se detuvieron a ofrecerles bebidas. Allí todo el mundo se conocía, pero al mismo tiempo nadie conocía a nadie. Cuando salieron, Flynn empezó a saludar a la gente. La mayor parte de los tipos a los que estrechaba la mano decían: «¡Cuánto tiempo llevaba sin verte!», aunque en realidad no se habían visto nunca. Otros repasaban a Judith, desde los tobillos a los ojos color miel. «¡Diablo, qué suerte tienes este año, muchacho!».

Flynn tomó a la muchacha de un brazo.

—¿Ves qué fácil?

—Estoy pasando miedo. ¿Y si me reconocen?

—Esta gente te reconocería si hubieras estado en la ventanilla de un Banco, pero nunca habiendo estado en la cárcel.

—Pero todos nos miran…

—No te preocupes, aquí nadie conoce bien a nadie. La sociedad moderna está montada sobre esto; amistades superficiales, palmaditas en la espalda y nada más. Habrá quién creerá que nos conocemos del club de golf. Otros pensarán que a lo peor soy amigo de su mujer. Vete tú a saber… Pero nadie nos molestará, no te preocupes.

Así, con la mayor naturalidad, salieron de la casa por la puerta principal.

Flynn estuvo tentado de robar un coche, pero no se atrevió a tanto. Caminaron por el sendero adornado por los rododendros, hasta doblar por otro sendero más estrecho, a la izquierda.

Debían estar ya a muy poca distancia del refugio de Burkley.

Y por ahora, pensaban, todo les iba saliendo bien.

Ninguno de los dos se fijó en aquella mujer de curvas voluptuosas, sensuales, que les miraba fijamente desde uno de los bordes de la piscina.

Aquella mujer había llamado poderosamente la atención en Boston pocas fechas antes, al ser absuelta gracias a Flynn y de la acusación de asesinato. Y ahora llamaba la atención aquí por otras cosas. Por sus curvas, por sus ojos, por su elegancia. Por su todo.

Se puso en pie perezosamente.

Uno de los que la asediaban de cerca susurró:

—¿Adónde vas, Irma?

Ella musitó:

—Tengo que salir. He visto a un amigo…

Fue hasta su coche, un magnífico descapotable rojo, y miró en torno suyo.

Nadie la veía.

De debajo del asiento delantero izquierdo extrajo una caja de piel donde había algo muy especial: un rifle doblado.

Se lo puso bajo el brazo y también ella siguió el camino de los rododendros, tranquilamente, como si pasease.

Flynn y Judith estaban muy lejos de sospechar que tenían tras sus huellas a una mujer con un rifle. Para ellos el único peligro estaba delante, en la casa que se hallaba al pie de la colina. El que detrás suyo pudiera haber una mujer con un rifle de repetición, era algo que estaba por completo fuera de sus pensamientos.

Judith señaló la casa.

Envuelta por la vegetación, convertida en un auténtico paraíso para el «relax», la casa tenía todos esos detalles que sólo los millonarios pueden reunir en torno suyo; una arquitectura fabulosa, un parque propio, dos piscinas, unos muebles de gran lujo, una colección de cuadros digna de un museo…

Burkley era la demostración palpable de que el crimen paga. De

que por lo menos le había pagado hasta ahora.

—¿De qué vive exactamente? —preguntó él—. ¿Cuál es su negocio principal?

—Domina parte del tráfico de drogas en la costa del Pacífico. Sólo una parte. Pero para vivir como él vive, ya es suficiente.

—¿Cuántos hombres hay ahí dentro?

Ella hizo un rápido recuento.

Estaban ocultos tras las hojas de un magnolio y miraban atentamente hacia la casa, a unas doscientas yardas.

—Había cinco hombres, aparte del propio Burkley —dijo—. Y también una mujer, además de Silvia Lexington.

—La mujer tiene que ser Licia Bol —musitó Flynn.

—Sí. Me pareció que la llamaban Licia.

—¿Dónde tienen su punto de reunión?

—En una gran sala del piso superior. Pero en realidad la casa está muy bien vigilada por todas partes. Siempre hay dos hombres armados que dan vueltas en torno a ella.

Miró sus manos vacías.

—Y nosotros no llevamos ni una simple, pistola…

—Procuraré no necesitarla.

—¿Cómo te las vas a componer?

—La verdad es que no lo sé…

Pero eso no parecía preocuparle demasiado.

Avanzaron entre la vegetación. Judith parecía dar vueltas a una idea que cada vez se le antojaba más impracticable. Susurró al fin:

—Si pudiera presentarme ahí y fingir que estoy de su lado. Si pudieras facilitarte la entrada…

—No lo pienses más, Judith. A estas horas ya deben saber que la lancha ha sido destruida. Te molerían a preguntas que tú no sabrías contestar.

—Pero no podremos ni siquiera acercarnos…

—Espera.

Aquella piscina era la secundaria, la que debía usar la servidumbre. Por el chapoteo, se notaba que alguien se estaba bañando en ella. Debía ser uno de los hombres de Burkley, que se tomaba un descanso.

No se veía a nadie de guardia. Pero, por lo que había dicho Judith, no podían estar demasiado lejos de allí.

No le gustaba aquel papel, pero debía eliminar a sus enemigos uno a uno o ser eliminado a su vez. Con tipos como Burkley, y después de lo que había ocurrido, ya no existían términos medios.

Corrió hasta el borde de la piscina y se tendió allí, pegado a las baldosas como si formara parte de ellas, cara al suelo.

El que se estaba bañando nadaba tranquilamente hacia allí. No se daba cuenta de nada.

Como a Sansón, a aquel tipo le perdieron sus cabellos. Seguramente no le hubiera ocurrido nada caso de llevarlos cortados al cero. Pero el fulano lucía una cabellera de auténtico «beattle».

De pronto notó que una mano surgía por el borde de la piscina. Y que le sujetaba por el pelo.

Fue a gritar y ya no pudo. Inmediatamente aquella mano presionó hacia abajo, hundiéndole en el agua.

Desesperadamente el otro intentó liberarse. Arañó la mano que le sostenía. La golpeó con todas sus fuerzas. Chapoteó.

Pero Flynn era demasiado fuerte para que aquello le impresionase. Mantuvo a su enemigo bajo el agua todo el tiempo que fue preciso. Y cuando lo soltó, el bulto humano se fue lentamente hacia abajo. Ya no era más que un ahogado.

Nadie había aparecido por allí.

El silencio que les rodeaba era casi total.

Flynn hizo una seña a Judith, y ésta corrió desde la vegetación hasta el borde de la piscina, sin hacer ruido.

Se llevó una mano a la boca al ver al hombre que flotaba entre dos aguas.

Flynn mostró cinco dedos. Sí, ése era el número de enemigos que les quedaba por liquidar, aparte el propio Burkley. Lo único que ella pudo balbucir fue:

—Es imposible…

—En la vida me he hartado de hacer cosas imposibles, muchacha. Incluso no mirar las piernas de mis secretarias, que las tienen preciosas. Las cosas imposibles son las únicas que me gustan. Y a veces todo es empezar…

El vestíbulo era magnífico. Muebles sólidos, decoración perfecta… Un tipo de facciones viciosas y ojos hundidos montaba guardia allí, con una metralleta sobre las rodillas. Leía distraídamente una revista de esas que demuestran que las mujeres,

cuando son jóvenes y bonitas, no necesitan los vestidos para nada.

Sentía una predilección especial por aquel fulano, ya que era el que primero le golpeó con un taco de billar en el bar de Limpson. Acababa de reconocerlo.

No sabía cómo devolverle la moneda. Lo peor era que no tenía a mano objetos contundentes; había candelabros de bronce, pero estaban justo enfrente de los ojos del hombre, o sea que resultaba imposible llegar hasta ellos.

Flynn pensaba ya en un golpe de kárate cuando de pronto vio algo; una figura de bronce que estaba junto a la puerta, y que resultaba imposible levantar, sostenía en su derecha algo parecido a una fruta, también de bronce. Y esa fruta estaba suelta.

La arrancó con precaución, pero no pudo evitar producir un leve tintineo.

El hombre de la metralleta se volvió como si hubiera oído el silbido de una serpiente. Trató de cerrar el dedo sobre el gatillo de su mortífera arma.

Flynn le arrojó la bola de bronce a la cabeza. Se la arrojó con todas sus fuerzas, como a él le habían lanzado la bola de billar.

El estruendo fue seco, brutal, como el de una gruesa cáscara que se rompe.

El *gangster* abrió los brazos y cayó hacia atrás.

No exhaló ni un gemido. Flynn comprendió inmediatamente que acababa de hundirle la base del cráneo.

Si no estaba muerto, no tardaría en morir. Una cosa era segura; que no volvería a molestarle en absoluto.

Casi no podía creerlo cuando él le mostró cuatro dedos de su mano derecha.

—Toma la metralleta —bisbiseó—. Podrás… ¡Podrás detenerlos a todos! ¡Ahora sí que estamos a un paso de conseguir lo que queríamos!

Flynn murmuró:

—Sí, es una buena idea.

Y tomó la metralleta entre sus manos. Pero inmediatamente se dio cuenta de que le ocurría algo; el cerrojo del arma se había desprendido al caer, porque uno de los bulones estaba flojo. Tenía que molestarse en colocarlo y ajustarlo, y eso requeriría un tiempo del que empezaban a no disponer.

—Debe ser el destino —susurró.

—¿El destino? ¿Qué quieres decir?

—Si he empezado sin armas de fuego, puedo perfectamente terminar sin ellas también.

—Pero… ¡aún quedan cuatro! ¡Y dos mujeres que son peligrosas como lobas! ¡No podrás!

—Nunca he disparado contra una mujer —musitó Flynn—, y me sabría muy mal empezar a hacerlo ahora. Mejor será que no provoque la ocasión.

Allí debía estar el «sancta sanctorum» de Burkley. Allí estarían las pruebas capaces de deshacer una de las organizaciones criminales más poderosas de California.

Avanzaban silenciosamente, como dos gatos. No se oía ni el más leve crujido.

Vieron un despacho muy lujoso, de muebles estilo Imperio, con una caja de caudales medio abierta. Seguramente alguien estaba guardando documentos allí, pero se había distraído unos instantes. Pronto comprenderían por qué.

Flynn se acercó a la caja fuerte.

Sus ojos escrutaron durante breves minutos algunos documentos. Bastaba mirarlos para darse cuenta de que todo aquello hubiera hecho lanzar gritos a cualquier fiscal. La contabilidad secreta del tráfico de drogas estaba allí. También la de los enlaces. Y no había ya ni qué hablar de las pruebas de evasión de impuestos.

Hizo un gesto a Judith.

—Con esto hay bastante… —bisbiseó.

—Sí, pero ¿cómo nos lo vamos a llevar?

—Por el mismo sitio. Emplearemos el camino de venida. Ya no hace falta ni siquiera detener a Burkley.

En aquel momento oyeron algo que les sorprendió. Ellos habían hablado bisbiseando, de modo que no era fácil que sus palabras hubieran atravesado los tabiques. En cambio sí que atravesó aquellos tabiques el chasquido de dos besos. Y enseguida una voz de mujer:

—Déjame… Déjame, tonto…

Flynn la reconoció. Era la voz de Licia.

Ahora tenía la explicación de por qué alguien había dejado abierta la caja fuerte. Debía haber visto de pronto posibilidades de

hacer algo mucho más interesante.

Judith balbució:

—Tienen que estar ahí…

Flynn se acercó al nacimiento de un ancho pasillo, junto al cual estaba la puerta de uno de los dormitorios.

Se veían dos sombras allí. Dos sombras que se estaban besando.

Se oyó un corto rugido. El individuo soltó a Licia, que también acababa de reconocer a Flynn.

—¡Imposible! —balbució.

El hombre que estaba con ella no se entretuvo en averiguar si aquello era imposible o no. Su mano derecha lanzó algo que tenía muy cerca, junto a él, en una de las mesas.

Flynn nunca hubiera creído que la gente de Burkley empleara aquellas armas, que las granadas de mano fuesen allí como confites a los que no se daba importancia.

El hombre que la había lanzado quedaba protegido, junto con Licia, por una gran mesa que acababa de volcar. En cambio Flynn quedaba completamente al descubierto. La granada iba a estallar a sus pies.

Sabía que la granada sólo estallaría al chocar con una superficie muy dura. También era posible que estallara al tocarla su mano, pero necesitaba correr ese riesgo.

La devolvió lo más suavemente que pudo, con la mano izquierda, no golpeándola, sino recogiéndola prácticamente en la palma de la mano y volviéndola a lanzar. Fue una verdadera labor de artesanía. Un solo movimiento brusco hubiera provocado el estallido.

Licia vio que la granada volaba hacia las cabezas de los dos, detrás de la mesa.

La explosión lo ahogó. Pareció como si la casa entera temblase. La pared del pasillo en que se había apoyado Flynn, para protegerse, pareció ceder. Judith también gritó.

Estaba al borde de la crisis, al borde del paroxismo nervioso.

Y el gesto de la derecha de Flynn, alzando tres dedos, le pareció sencillamente patético.

—¡Vámonos de aquí! —chilló—. ¡Vámonos de aquí! ¡Nos acorralarán!

—Me temo que estamos acorralados ya, muñeca.

En efecto, alguien subía. Se oía el retemblar de unas pisadas en las escaleras. Y también oyeron algo más inquietante; el sonido del cerrojo de una metralleta al ser montada.

Estaban listos.

No tenían armas ni modo de defenderse. Y lo peor era que el individuo que subía no preguntaría nada; tiraría a matar.

Flynn tuvo una idea. Era una idea arriesgada, pero no había nada que no lo fuera en aquel momento. La puso en práctica en cuestión de segundos, saltando.

Su salto le llevó hasta la parte inferior de la mesa del despacho. Esa mesa le cubrió.

Un hombre armado con una metralleta pasó como una exhalación ante él. Era el mismo que le arrojó la bola de billar a la cabeza, en el bar de Limpson. Ahora llevaba una «Thompson» montada y parecía dispuesto a barrerlo todo con ella.

La mesa voló de repente hacia él.

Lanzó un grito. La metralleta voló por los aires.

Logró ponerse en pie, sin embargo, aunque tambaleándose. Fue a sacar la pistola que llevaba en su funda axilar, mientras su cara se deformada con una mueca de odio satánico.

Pero Flynn no le dio tiempo. Un terrible gancho de derecha le hizo volar hacia atrás. Llegó hasta el borde de la escalera.

Trató de sujetarse al aire, a un asidero imaginario, pero ese gesto absurdo no le sirvió de nada. Dio una vuelta de campana, mientras lanzaba un aullido. Su cuerpo rodó espectacularmente por los peldaños mientras sonaba un chasquido de huesos.

Flynn sólo necesitó ver su postura para comprender que no se levantaría más. Se había desnucado. Fue entonces a alzar la mano derecha, indicando que sólo quedaban dos.

Pero a esos dos, uno de los cuales era Burkley, no los tenía delante.

Los tenía justamente detrás de él.

CAPÍTULO XIII

Los dos hombres, acompañados por una mujer, acababan de entrar empleando una puerta lateral a la que Flynn, lógicamente, no había podido prestar demasiada atención. Los tres iban armados con pistolas automáticas y los tres apuntaban al joven. Ni Burkley, ni Silvia Lexington, ni su compinche, estaban dispuestos a fallar el tiro. No estaban dispuestos a vacilar tampoco.

Burkley sólo farfulló:

—A él…

Flynn no podía moverse. No podía saltar a ninguna parte. No podía hacer nada ya.

Judith disparó en aquel momento desde el nacimiento del pasillo, empleando la pistola del hombre que había muerto a causa de la bomba de mano, y que estaba aún relativamente intacta. No hizo blanco. Sólo consiguió que Silvia Lexington, la condenada a muerte, se asustara y saltara hacia atrás.

Flynn saltó de costado, aprovechando el momentáneo parpadeo de sus dos enemigos. Era una oportunidad desesperada. Tenía que aprovecharla.

Dos balas le buscaron, clavándose en la pared, junto a su cuerpo. Pero la tercera ya no podía fallar. Burkley estaba materialmente sobre él.

Flynn no parpadeó. Lo único que lamentó en este terrible momento fue saber que luego matarían a Judith.

Prácticamente eran los dos los que estaban ahora sobre él. Y los dos fueron segados por aquella rociada de balas.

Era un rifle automático el que tiraba desde una de las ventanas. Era uno de esos rifles que a corta distancia no perdonan jamás.

Burkley y su compinche se tambalearon. Sus cabezas parecieron de pronto dos máscaras rojas, cubiertas de sangre. Sus armas saltaron por los aires.

Se oyó entonces el grito lacerante de Silvia Lexington, al saltar por una de las ventanas, creyendo que podría huir. Tenía la sensación de que la casa estaba completamente rodeada. Y se oyó también el ruido sordo y trágico de su cuerpo al estrellarse contra el fondo de la piscina principal, que estaba casi vacía.

Normalmente pudo haberse salvado tras aquel salto, quizá rompiéndose una pierna. Pero la piscina era profunda. El terrible impacto no la perdonó.

Flynn estaba ahora muy pálido.

Por primera vez no sabía qué pensar. Por primera vez era él quien estaba desorientado, atónito.

Irma, la mujer a la que él había hecho absolver en Boston, acababa de entrar por una de las ventanas que daban a la terraza. El cañón de su rifle humeaba.

Esta vez Flynn no tuvo fuerzas para levantar la mano, indicando que ya no quedaba ninguno. Esta vez le faltaron fuerzas hasta para eso.

—¿Por qué? —balbució—. ¿Por qué lo has hecho, Irma?

—Porque fue él quien mató a mi marido. Porque yo amaba a Richard a pesar de todo. Y porque había jurado vengarle.

Flynn entrecerró los ojos.

No entendía nada. Bruscamente su cerebro parecía haberse llenado de niebla.

Y ella añadió sordamente:

—Le mató para no tener que pagarle el millón de dólares que le debía. Ahí, en esa caja, deben estar las pruebas. Las pruebas que yo hubiera necesitado en el proceso y que entonces no tenía.

—Pero… ¡Pero tú me dijiste en San Francisco que eras culpable!

—Sólo así podía lograr que intervinieras en el caso hasta el fondo —musitó ella—. No he conocido otro hombre más perseverante que tú, Flynn, pero el asunto tiene que interesarte de verdad. De lo contrario, eres un desastre… Y me propuse que te interesara diciéndote que te habías equivocado. Porque aprendí a conocerte durante el proceso, sabía que tu reacción sería instantánea; tratarías de arrojarme a la cara ese millón. Y tratarías de convencerte de que en verdad era culpable, puesto que no me habías creído del todo. ¿Qué hubieras dicho si llego a presentarme como la pobre inocente que reclama el pago de una deuda, Flynn?

—Pues… Pues que te dirigieras a un especialista en asuntos civiles. Los hay mucho mejores que yo.

—En cambio, pensando que te habías equivocado una vez, llegarías hasta el fondo de aquel asunto. No lo olvidarías ni me olvidarías a mí. Por descontado, esperaba que al buscar pruebas para reclamar el millón encontrarías también las pruebas de que Burkley mató a mi marido. Y la verdad era que… que yo te hubiera dejado hacer. Pero te vi cuando salías de aquella casa donde parece que os cambiasteis de ropa. Siempre llevo un rifle bajo el asiento de mi coche, desde que mataron a Richard. Y esta vez te seguí dispuesta a todo…

Flynn se pasó una mano por la frente.

Ya no sudaba por fuera. Ahora sudaba por dentro.

—Pues tus disparos han valido un millón de dólares —balbució—. ¡Demonios, menudo pleito! En esa caja tienen que estar todas las pruebas. Y ahora creo que ya es hora de que llamemos a la policía…

Fue a descolgar el teléfono y murmuró para sí mismo:

—Me podrán acusar de una docena de cosas al menos, pero al menos estoy seguro de que hay algo que no podrán hacer; llevarme ante el fiscal por haber usado armas…

Y discó lentamente.

EPÍLOGO

El despacho estaba tan destartalado, tan abandonado como siempre. Cuando Flynn entró en él, vio el cartelito que había hecho colocar por teléfono al administrador un día antes. Y sobre la mesa polvorienta una notita de la última cliente que había tenido, la artista que sabía cruzar tan bien las piernas.

> «Mi ratoncito ha vuelto, de modo que me quedo con él. Nada de divorcios, detective. Quédate con la pasta que te di y pasa envidia pensando en lo cariñosa que pienso ser con mi ratoncito, si se porta bien».

Flynn lanzó el mensaje a la papelera.

—Te durará poco, nena. Pero de momento buen provecho…

No había nada más allí. Nada excepto los viejos muebles, la licencia de detective, la ventana sucia desde la que veía una parte del Barrio Chino de San Francisco. Y ahora, muchas horas secretas de su vida. Muchas esperanzas que ahora estaban rotas y que ya no volverían a renacer nunca más.

Empaquetó sus escasos libros.

Cuando lo tuvo todo, pasó al cuartito contiguo y con la puerta abierta empezó a cambiarse. Tenía que emplear otra vez sus ropas severas, sus ropas de abogado intachable y aburrido, las ropas oscuras que utilizaba en Boston.

La puerta de cristales de la oficina se abrió. Entró el viejo Nat. Llevaba, como siempre, su cajita de tabaco.

—Hola, abuelo. ¿Qué hay por aquí?

El viejo Nat parpadeó.

—Perdone que le moleste, detective.

—Usted no molesta nunca. Pase, hombre, pase.

—Es que me ha llamado la atención el letrerito. Dice que esto se

alquila. ¿Es que se va usted?

—Sí, abuelo.

—¿Lo deja todo?

—Ujú.

—¿La clientela incluso?

—Mi clientela no valía gran cosa, abuelo. La última clienta que tuve acaba de darme la patada. Puedo irme bien tranquilo en ese aspecto, créame. Además, me caso dentro de seis meses. Justo cuando una determinada chica salga de un determinado sitio.

Miraba el pecho de Flynn, sobre el que este aún no se había abrochado la camisa. Miraba, sobre todo, la vieja cicatriz de aquella quemadura.

—Pero usted ha luchado mucho aquí, detective —balbució, mientras sus manos temblaban—. Ha pasado meses y meses… ¿Por qué lo deja ahora?

—Le confesaré una, abuelo. Sólo usted la sabe, y se la digo porque le tengo cariño. Al venir aquí buscaba a mi padre, que me abandonó a los seis años. Pero la única persona que podía haberme llevado hasta él, aquel maleante llamado Forbes, ha muerto. Ahora sé que nunca lo encontraré, de modo que abandono. Y crea que lo siento, abuelo. Pero hay cosas que son imposibles.

—Perdone que le pregunte, detective… —susurró—. ¿Pero para qué buscaba a su padre? ¿Para escupirle a la cara?

—No, no… Todo lo contrario. Para perdonarle.

—Pues… Pues si yo le conociera… le escupiría a la cara —balbució el viejo Nat—. Porque hay cosas que no se pueden pe… pe… perdonar.

Había hundido la cabeza. Todo su cuerpo temblaba.

Flynn musitó:

—Pero, abuelo, ¿qué le pasa? ¿Necesita algo?

—No… No me pasa nada… —Y el viejo trató de reír, pero en realidad hizo una mueca—. No me pasa nada, ¿sabes? Es que… te había tomado cariño. Y perdona que te hable así… Yo quería que, puesto que no nos vamos a ver más… me… me aceptaras un paquete de tabaco. Gratis, naturalmente.

Flynn le animó con una palmada en la espalda.

—¿Por qué no, abuelo? Pero eso de que no nos veremos más es una tontería. Yo volveré a San Francisco a veces. En viaje de novios

tal vez… Deme un «Camel» sin emboquillar, como siempre.

—To… Toma, hijo mío.

Flynn arqueó una ceja.

—¿Qué ha dicho?

—Perdona… No está bien que trate a los clientes así, con tanta familiaridad. Pero es que yo no he tenido hijos, ¿comprendes? Quizá es que no he merecido tenerlos.

Le tendió la mano. Flynn es la estrechó con fuerza.

—¿De veras no necesita nada, abuelo?

—Nada. De… De verdad…

Y salió lentamente. Se oyeron todavía unos segundos sus pasos, al llegar a las escaleras. Y luego se perdió entre las sombras.

Flynn terminó de abrocharse la camisa, sobre la vieja cicatriz de sus días de niño.

El viejo despacho estaba como siempre; serio.

Entró tranquilamente en su despacho, con la cartera negra bajo el brazo, mientras murmuraba:

—Buenos días, señoritas.

—Buenos días, señor Flynn.

La que la semana anterior había estrenado medias, susurró:

—Ha sido un fin de semana un poco largo, ¿eh?

—Pché.

—¿Divertido?

—No, no mucho. No ha pasado nada…

—¿Todo correcto, señorita?

—Todo correcto, señor Flynn. Podemos empezar a trabajar.

—Tráigame, por favor, los informes del asunto Rochelt…

—Enseguida, señor Flynn.

Salió y cerró la puerta.

—¿Qué?

—Tú, págame.

—¿Es que te ha mirado esta vez?

La chica suspiró:

—Vaya si me ha mirado. Y de qué manera. Hasta arriba…

Y mientras tomaba el billete que la otra le tendía añadió con voz tenue:

—Me parece que de ahora en adelante va a ser muy emocionante trabajar aquí.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)
Impreso en España - Printed in Spain
PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.